

# Postales Antiguas de Madrid



# *Antiguas de Madrid*

Postales



12

CALLE DE ALCALÁ Y BANCO DE ESPAÑA

**TOMO I**  
Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid





Ayuntamiento de Madrid

# POSTALES ANTIGUAS DE MADRID

Ayuntamiento de Madrid



# I

## POSTALES ANTIGUAS DE MADRID

**Recuerdos de un Madrid Vivido**



Ayuntamiento de Madrid  
Concejalía de Cultura y Medio Ambiente  
Museos Municipales

EDICIONES LA LIBRERÍA

Ayuntamiento de Madrid



## SUMARIO

### **TOMO I**

<b>PRESENTACIÓN</b>	9
<b>PRÓLOGO</b>	11
<b>INTRODUCCIÓN</b>	15
<b>POSTALES</b>	17

### **TOMO II**

<b>POSTALES</b>	166
-----------------	-----

### **TOMO III**

<b>POSTALES</b>	327
-----------------	-----

### **TOMO IV. APÉNDICE**

<b>PRESENTACIÓN</b>	5
<b>PRÓLOGO</b>	7
<b>CATÁLOGO DE TARJETAS POSTALES DE MADRID</b>	11
Ficha Técnica	12
Introducción	13
Índice de imprentas y editores	17
Catálogo	21
Índice Temático	133
Bibliografía	151





Nuevamente la Colección de postales del Museo Municipal es objeto de una publicación. Ya en 1989 se editó un magnífico Catálogo de la Exposición celebrada en sus Salas, bajo el título de *Álbum*, en la que se exhibieron cerca de 500 postales seleccionadas del total de sus fondos. Aunque la mayoría eran de tema madrileño, se expusieron también muestras representativas de otros géneros que forman parte de la Colección, como vistas de ciudades españolas, retratos de artistas, caricaturas, sátiras políticas, etc.

En esta ocasión, lo que se ofrece al público no es, como entonces, una selección de los ejemplares que conforman el fondo, sino el Catálogo completo de la Colección de tarjetas cuya temática es Madrid y los Sitios Reales. Es, pues, una obra de consulta para el investigador, ya que figura la ficha catalográfica de cada una de ellas, pero es también una obra para el curioso y, en definitiva, para los amantes de Madrid.

Nacidas para sustituir a las cartas y enviar breves mensajes, las tarjetas postales fueron rápidamente adoptadas por todas las clases sociales. Su economía y simplicidad de forma, un humilde trozo de cartón, permitía una mayor frecuencia en las comunicaciones entre gentes residentes en diferentes lugares.

Creadas por Real Orden de 10 de Mayo de 1871, y con una escasísima producción en sus comienzos, el coleccionismo de tarjetas ya había alcanzado, sin embargo, importancia a finales del siglo XIX.

Así pues, un objeto que había nacido para transmitir saludos y felicitaciones, o mandar una breve noticia a los seres queridos, pronto se había convertido en objeto de colección, siendo la cartofilia en España la afición más extendida, después de la filatelia.

En el Museo constituyen la Sección de más reciente creación, inseparable de la de fotografías, pero con una personalidad propia y, como éstas, fiel reflejo de la imagen de nuestra ciudad, de sus transformaciones y acontecimientos.

Quiero aquí destacar el esfuerzo de todo el equipo del Museo Municipal, que no ha escatimado horas de trabajo extra para realizar en un tiempo récord el Catálogo que hoy tiene en sus manos, y quiero sobre todo agradecer, una vez más, su cooperación a Ediciones La Librería que, siguiendo con su ejemplar labor en pro de la difusión de temas madrileños, se ha hecho cargo de todos los gastos de edición y producción de la presente obra, mediante la firma de un convenio de coedición con el Ayuntamiento que sigue una línea de colaboración iniciada con la reimpresión del *Fuero de Madrid*.

JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ DEL MANZANO Y LÓPEZ DEL HIERRO

**ALCALDE DE MADRID**

La tarjeta postal ha entrado con pleno derecho, en los museos del mundo, por su cualidad de objeto artístico —exquisita obra fotográfica, en ocasiones— y de documento fiel de un lugar y una época. La industrialización de la fotografía durante la segunda mitad del siglo XIX, permitió el desarrollo de productos derivados que, como la *carte de visite*, la fotografía industrial, la instantánea, el reportaje o la postal, gozaron de una gran aceptación. Las fotografías con vistas de ciudades se fueron imponiendo a las técnicas tradicionales del dibujo, la plumilla, el grabado o a la acuarela, con las que se habían plasmado los paisajes pintorescos de los viajeros románticos. La tarjeta postal, nacida a finales del siglo XIX para sustituir a la epístola corta, añadía a la escueta noticia la imagen evocadora y documental.

La primera postal oficial fue puesta en circulación por la Administración de Correos de Austria en 1869. En España, la primera postal, impresa por la Fábrica de la Moneda y Timbre, comenzó a circular en diciembre de 1873. A partir de 1892, la casa Hauser y Menet, de Madrid, ubicada en la calle de la Ballesta, inició en nuestro país la producción de postales ilustradas que contenían varias viñetas, denominadas “recuerdos” o “saludos” con vistas de la ciudad. Más tarde, se fueron ampliando y perfeccionando los temas, el diseño y las técnicas de impresión. En 1902, la producción de Hauser y Menet se cifraba en 500.000 postales, con más de 1.300 modelos diferentes.

El coleccionismo de postales cundió rápidamente entre las clases privilegiadas, que



se apasionaron por ese nuevo objeto, como antes por el sello. Se crearon asociaciones cartófilas, como la Sociedad Cartófila *Hispania*, y revistas especializadas, como el *Boletín Cartófilo Artístico y Literario*, y nació el intercambio de series de postales por correspondencia. El uso de la postal como medio de comunicación se extendió rápidamente a todas las esferas sociales. En el *Boletín de la Tarjeta Postal Ilustrada* se valoraba ese nuevo medio como un "elemento de cultura y distinción" que contribuía al "buen gusto", y se definía el coleccionismo de postales como *sport de arte*. Al mismo tiempo, se valoraba ese nuevo medio como una contribución al conocimiento de los pueblos, coincidiendo con la moda de los viajes turísticos y del gusto por lo exótico, sirviendo incluso a la industria y al comercio como vehículo publicitario.

En Madrid fueron muchos los establecimientos de fototipia que se fueron creando tras el nacimiento de esta industria: Hauser y Menet; Laurent; Romo y Füssel; Lacoste; Cánovas; Castiñeira, Álvarez y Levenfeld; Madrid Postal; Grafos, etc. Grandes fotógrafos como Laurent o Franzen, y otros menos conocidos aportaron sus creaciones como soporte para estas obras.

La Colección de postales del Museo Municipal, recientemente formada, es producto de donaciones y de adquisiciones diversas. Una parte importante de esta colección corresponde a la época dorada de la postal, que se produce entre los años 1895 y 1905, y refleja, principalmente, la imagen y la vida de la ciudad. La publicación de este **Catálogo de tarjetas postales de Madrid**, centrado en las vistas de la ciudad y de los Sitios Reales, es un paso más en la tarea de difundir esta Colección, y ha supuesto, por parte del equipo del Museo Municipal, un esfuerzo

considerable de investigación, para localizar y sistematizar numerosos datos dispersos sobre talleres tipográficos, fototipias, fotógrafos, técnicas, series editadas, etc. El rescate de toda esa información, olvidada o descuidada hasta ahora, tiene un valor inestimable para investigadores, coleccionistas y público en general. La edición de este Catálogo se completa con una exposición que recoge los aspectos más sugerentes del mismo. Confiamos en que ambas iniciativas estimulen el aprecio, la conservación y el incremento de este singular patrimonio, con tan alto poder de evocación histórica y sentimental.

CARMEN PRIEGO FERNÁNDEZ DEL CAMPO  
**DIRECTORA DE LOS MUSEOS MUNICIPALES**





## INTRODUCCIÓN

**E**ran los primeros años del siglo xx. Llegó a Madrid muy joven; antes, sólo había estado de visita, pero esta vez vino para quedarse. Fué integrándose en la vida de la ciudad que vivía épocas de grandes transformaciones. A Madrid le quedaba poco para pasar de villa a metrópoli, pero sus vecinos aún seguían viviendo entre conocidos.

Su visión privilegiada de la sociedad que le rodeaba no le apartó de la sensibilidad más popular. Buen observador de costumbres ajenas recogió sus dichos, sus temperamentos y sus formas de ver la vida.

Ya mayor y, posiblemente, alejado de esas calles recurrió a un puñado de postales para ordenar sus recuerdos. Su experiencia quedó en cada una de ellas. Cada imagen evoca una escena que permaneció en su memoria prescindiendo de cronologías, lo que hemos respetado para no alterar su espontaneidad.

Esos tipos que dieron carácter a la ciudad, esos lugares y esas fiestas que tanto disfrutó, algunos momentos históricos que marcaron la vida política de esos años o los paseos interminables por esos rincones que ya sólo guardaba en su memoria son las pinceladas que unidas, a la manera de un cuadro impresionista, componen

el espíritu de una época de Madrid. Puede ser que este hombre nunca existiera, tal vez sólo sea un personaje, pero eso pierde su importancia si es capaz de hacernos descubrir un Madrid diferente.

REYES GARCÍA Y ANA MARÍA ÉCIJA

AGRADECIMIENTOS:

Nuestro agradecimiento a Marisol y Ángel Manuel por su ayuda y por su biblioteca.

Nuestro recuerdo a Pérez Galdós, Valle Inclán, Azorín, Gutierrez Solana, Baroja, Répide, Gómez de la Serna y tantos otros que supieron ver en Madrid lo que se escondía más allá de la ciudad y así llegar al corazón de su pueblo.

# POSTALES



Ayuntamiento de Madrid

Llegué en tren. Era sólo un niño y venían a pasar unos días con mi tía. Mi madre me había advertido tanto de los peligros del tren, me había repetido tantas veces que tenía que ser bueno, que no me moví en todo el viaje, a pesar de que cada vez notaba más las tablas de madera del viejo compartimento de tercera pegadas, casi incrustadas, en mis piernas. Cuando un compañero de viaje, bien aleccionado por mi madre, me dijo que llegábamos a Madrid, estuve a punto de saltar de alegría a pesar de que dudaba de que mis piernas pudieran sujetarme de nuevo. Pero pudieron y me encontré frente a la puerta, con mi vieja maleta de cartón y muerto de miedo, pues me dio por pensar en lo que haría solo en esta ciudad que decían que era enorme, si mi tía se hubiera olvidado de mí.

Mi siguiente recuerdo está fuera de la estación, la del Norte era. En la acera del Paseo de la Florida vi por primera vez Madrid, la mole blanca del Palacio Real que parecía verlo todo desde lo alto y los coches de caballos que recorrían la calle. Ni siquiera me pareció empinada la Cuesta de San Vicente (que subimos andando). Creo que entonces ya decidía que ésta sería mi ciudad. Y lo fue. Sólo unos años más tarde me trasladé aquí y... hasta ahora.



Ayuntamiento de Madrid



Llevaba poco tiempo en Madrid cuando me decidí entrar en una taberna, con la gorra bien calada y el cuello del abrigo demasiado alzado para que nadie advirtiese que aún no me crecía la barba. Nada más atravesar la puerta, sentí un olor tan fuerte, mezcla de vino y queso, que estuve a punto de volverme a la calle, pero la conversación parecía tan animada que me quedé. Un hombre hablaba muy enfadado al que parecía el jefe, aún recuerdo sus palabras:

*"Mie usté, aquí, éste y mi menda, queremos echar unos morapios y no camelar al personal, y na más.*

*Si a su señoría no le gustan nuestras jetas, pues ya está, pero conste, que aquí, este y yo, nos ganamos nuestros gabrieles honradamente, con sudores, que la trena ni olerla y sin no se lo cree, ahí va una perra pa cubrir la ronda"*

Tiró una moneda sobre el mostrador y salió con su amigo.

Yo no entendí una palabra de lo que hablaron, pero me terminé mi vino y me fui muy contento de lo que había aprendido.



Ayuntamiento de Madrid

"*A*gua fresquita de la Fuente del Berro!. ¿Quiere agua?"  
En la Puerta del Retiro estaban las aguadoras con sus mandiles blancos y los manguitos del mismo color atados con cintas a las muñecas, el pelo recogido con un moño y la falda larga.

Muchas tenían puesto fijo y sabíamos que después de las carreras y los juegos en el Parque las encontraríamos en su sitio y que, al vernos, sacarían un vaso para llenarlo de agua fresca y pondrían en él un azucarillo y un chorrillo de aguardiente para darle ese colorcito blanco que tanto nos gustaba.

Había también aguadoras ambulantes, algunas que llevaban cubas a las casas para llenar con ellas las tinajas. De la Fuente del Berro o de las Cibeles o de cualquier otra fuente, venían cargadas con los botijos que conservaban fresquita el agua.

Se las veía en las puertas del Retiro, por el Paseo de Recoletos, donde había muchos puestos, o por el Paseo del Prado.

*"Agua, azucarillos y aguardiente"*

¿Dónde no habrá llegado su grito? Aunque ya no se oiga en las calles, se sigue escuchando en los escenarios.



Ayuntamiento de Madrid

**J**unto a la plaza de San Marcial, que más bien era un ensanchamiento de la calle que bajaba a la Cuesta de San Vicente, estaban los cuarteles de San Gil y Parque de Artillería.

En los patios de estos cuarteles, los soldados esperaban el reparto de comidas que luego consumían donde podían, de pie o en cuclillas. Los pobres, hombres, mujeres y niños sucios, se acercaban a ellos esperando recibir las sobras. Llevaban consigo unas latas para verter la comida que les daban, y después, en los pilones de las fuentes las lavaban junto con las cucharas y las guardaban para el día siguiente. Muchos, seguían mero-deando por la zona después del reparto, otros, esperaban sentados o tumbados en los bancos de la plaza el paso de la tarde.





Núm. 37—MADRID.—Calle de Ferráz.

FOT. J. AGUIRRE BARRIO

Ayuntamiento de Madrid



No tan sonrientes nos miraban los guardas, de traje caqui y vivos rojos, que nos encontrábamos por aquellos días de principios de siglo. Pasando por la cuesta de San Vicente y la Virgen del Puerto, llegábamos hasta la puerta con nuestros permisos conseguidos en Intendencia, en Palacio. Muy circunspectos nos miraban los pases y nos cedían la entrada a la Casa de Campo. Dejábamos a un lado el muro que limitaba con la posesión real privada y seguíamos hacia el Lago, donde coincidíamos con otros coches, cuyos ocupantes (en su mayoría viudas o enfermos que venían aprovechando lo saludable del aire puro) nos saludaban cortésmente. En alguna ocasión pudimos ver el landó abierto que, tirado por cuatro mulas, llevaba de vuelta del Pardo a la Familia Real, pero lo normal no eran ese tipo de acontecimientos, sino disfrutar de una tranquilidad y una paz casi irreal en la villa de Madrid.



*C*asi recién restaurado vi San Francisco el Grande cuando era sólo un chaval. Allí se celebraban todas las solemnidades religiosas oficiales y recuerdo con impresión la primera vez que vi su gran cúpula. Ya había oído hablar de esta iglesia, que llamaban así para diferenciarla de otra que hubo hace años en la Carrera de San Jerónimo, San Francisco de Paúl y, recuerdo una de las frases que repetía mi tía cada vez que hablaba de ella “Rosario *cantado* de noche y *solfeado* de día” que no entendí hasta que años más tarde, ya establecido en Madrid, me la explicaron. Parece ser que salía todos los años una procesión del Rosario desde San Francisco el Grande. La salida se hacía al amanecer y la vuelta, por la mañana, se producía entre golpes y gritos de los penitentes.

Así, era normal que cuando se enardecían los ánimos en cualquier discusión se dijera: “Esto va a terminar a farolazos, como el rosario de la aurora”



MADRID. Real Templo de San Francisco el Grande

112

Ayuntamiento de Madrid

No eran las lavanderas las únicas que trataban de ganarse la vida en el río. Recuerdo, en tiempos en los que el trabajo escaseaba y era necesario inventar cada día algo nuevo para buscarse el pan, haber visto por allí, en el Manzanares, cerca de los desagües, donde vierten las cloacas y nadie pasea, a algunos hombres buscando objetos valiosos que pudieran haber caído en un descuido por la tubería, quizás un anillo o una medalla que valieran unas comidas. Y allí, en el agua helada y sucia, soportando el olor a basura, permanecían horas, revolviendo con sus manos el agua espesa, sin encontrar, la mayor parte de las veces, nada vendible que consiguiera hacerles olvidar por unos días que sus piernas ya no aguantarían mucho tiempo dentro del frío del agua.





Ayuntamiento de Madrid



"**Q**ue ahora queman! ¡Calentitas!" Así nos tentaban las castañeras desde las esquinas, en las puertas de las tabernas y a las salidas de los teatros. Las viejecitas, abrigadas con mantillas y cubierta la cabeza, instalaban sus puestos el mismo día de Todos los Santos, y nos acompañaban todo el invierno hasta el día de la Candelaria. Me gustaba verlas asar las castañas en sus pucheros de barro agujereado, agitando la olla y sacando y volviendo a meter las castañas para darles la vuelta. Después las envolvían y volvían a avivar la lumbre de carbón de encina con el fuelle y unos granos de sal. El olor y el calorcito que desprendía la olla nos invitaba a acercarnos a sus mesas, agradeciendo, en cualquier momento el reclamo: "¡Calentitas! ¡Cuántas!"

COLECCIÓN "BAENA" SERIE C-1 \*



7 Marzo 1903.

Dime si has recibido contan-  
do esta 9 portales de esta co-  
lección. No te olvides de  
escribirme. Emilio

Ayuntamiento de Madrid

Formaban el Real Cuerpo de Alabarderos un grupo de soldados de imponente aspecto. Esperaba junto a las estatuas de la Plaza de Oriente, como tantos otros, verlos aparecer. Algunos críos caminaban tras ellos, siguiendo su paso marcial y parecían enanitos al lado de esos "hombretones" de uniformes relucientes y vistosos. Esta guardia personal de los Reyes procedía de otros cuerpos militares, todos ellos tenían que haber sido antes sargentos como grado mínimo. Vestían con una casaca de paño azul marino con vueltas granates y guarniciones de plata. En el pantalón llevaban también una cinta ancha de este metal. Estaban armados con espada que colgaba de tahalí en bandolera, roja y plata y sobre el hombro llevaban la alabarda reluciente con una aguda lanza. En los días más fríos se abrigan con una capa blanca.

Los desfiles eran precedidos por una banda de pífanos, que eran los mismos hijos de los componentes del cuerpo y la música les seguía. Los niños miraban con envidia a los pequeños privilegiados y seguían la marcha hasta que desaparecían por la puerta principal del Palacio.



RELEVO DE LOS ALABARDEROS (Madrid)

A las diez y media de la mañana el alegre y anacrónico son de los pifanos, comunica el paso de los Guardias Alabarderos, cuya formación hace más característica en el invierno el uso de las blancas capas en que se envuelven. Desde el cercano cuartel de la calle de San Nicolás dirigen-se a Palacio, y a su vez la guardia saliente se forma para retirarse hacia el cuartel.

Es una institución secular. El Cuerpo de la Guardia Real de Alabarderos fué fundado en 1505 por el Rey Católico, don Fernando V, después del atentado que sufrió en Barcelona por mano de Juan Cañamares. Desde entonces ha existido, sin interrupción, y es la única entre las instituciones armadas, dedicadas a la custodia de las personas reales, que no han sufrido interrupción o alteración en su historia.

Su memorable hecho de armas es la defensa que el zaguanete formado por 18 alabarderos, mandados por D. Domingo Dulce, hizo de la escalera de Palacio, la noche del 7 de octubre de 1841, impidiendo que los sublevados contra la Regencia de Espartero se apoderasen de las regias niñas Isabel II y su hermana Luisa Fernanda.

*L*a costumbre del paseo matinal por Recoletos era uno de los mayores placeres de la época. Una de las aceras se convertía en propiedad del paseante. Se llenaba de jovencitas acompañadas de su madre o de una señorita de compañía y de señores y pollos, éstos últimos intentando con su paso y su ingenio llamar la atención de las chicas más guapas.

Por Cibeles era normal cruzarse con un tronco de mulas que, arrastrando su carga, entraban a Madrid desde la Puerta de Alcalá. El panorama no podía ser más contrastado. Los pollos con bastón, prenda que nos daba más apostura en el porte, figábamos entre las jóvenes paseantes. Estaba de moda lucir un buen bigote, peinado y muy cuidado con las guías altas, a lo kaiser. Los más coquetos ponían el mayor esfuerzo en atildarse los bigotes, así, todas las noches, dormían con su bigotera, una tira de gamuza que sujetaba los bigotes para que mantuvieran la forma deseada.

Como todas las modas, el paseo por Recoletos pasó y comenzó a hacerse famoso el de la Castellana y, así también, las bigoteras y los bigotes a lo kaiser.



16 — Madrid — Paseo de Recoletos



Ayuntamiento de Madrid



La historia de los cuarteles siempre es una historia triste. Lo que antes fue el complejo arquitectónico de la Montaña de Príncipe Pío, del que nos dejó un trágico recuerdo Goya en sus fusilamientos, yo lo ví convertido en Cuartel de la Montaña. Se habían construido los nuevos edificios, cuartel y caserío para mejorar las condiciones de salubridad que sufrían los cuarteles en aquella época.

Al llegar a Ferraz destacaba el edificio austero y de líneas sobrias por su monumentalidad. Siempre podían verse al pie de la escalinata a soldados en formación, que eran seguidos por los niños que comenzaban a poblar la barriada de Argelles. Los quintos que hacían la instrucción a toque de corneta se mezclaban con las niñeras y amas de cría, los grupos de curiosos, los vendedores de golosinas y crios y jóvenes que jugaban al "chito" con tejos de hierro y al "bote bolero" con piedras.

Esta imagen borra las más oscuras que llevo grabadas del Cuartel de la Montaña.

MADRID - CUARTEL DE LA MONTAÑA



Ayuntamiento de Madrid

Esta plaza de la Villa siempre me trae a la memoria una fiesta de boda. No sé si será porque desde aquí cerca vi pasar a Alfonso XIII cuando venía de contraer matrimonio en los Jerónimos o por la cercanía de la calle de la Pasa.

Es curiosa la historia que acompaña a esta pequeña calle. Los madrileños tenemos —ya me considero uno más— mucha costumbre de poner sobrenombres y dar la vuelta a las cosas, en fin, de buscarle tres pies al gato, como dicen por aquí. Esto ocurre con la calle de la Pasa.

“El que no la pasa, no se casa”, canta el refrán.

Y nunca hubo nada más cierto, pues se encontraba aquí la vicaría, donde, forzosamente, había que negociar las licencias matrimoniales.

Más punzante era la popular cancioncilla:

“Mucho novio y mucha guasa  
y mucha chicolería,  
pero el Manolo no pasa  
por la calle de la Pasa,  
donde está la Vicaría”



Ayuntamiento de Madrid

Fuera del mercado, había otro. Uno de puestos callejeros con tenderetes de telas, hortalizas y frutas. De los palos que sostenían el puestecillo, bajaban los pesos de acero sobre las banastas y talegos; en unos encerados negros, escribían con tiza blanca los precios. Las verduleras, sentadas en las banastas o de pie, metían las manos en las toquillas grises o negras o en los mantones que llevaban rodeando sus cinturas, para protegerse del frío de la mañana. A veces encendían pequeñas hogueras con los restos rotos y despegados de la cartelera de espectáculos pasada que arrancaban de los tablones anunciadores de la pared del mercado.

También traían gallos y gallinas que guardaban en jaulas y contribuían con sus cacareos al bullicio, que impedía mantener una conversación.

No faltaban alrededor ciegos, cojos y mancos que cantaban o vendían romances a cambio de unas monedas.





Ayuntamiento de Madrid



— "No te pareció ver una luz en el Seminario?"  
— "¡Estás *chalo*! Si ahora duermen... Pues no *dice*'ste que  
están los seminaristas asomaos, viendo la película"  
A mí no me convencían. Con el calor y las buenas vistas al campillo de las  
Vistillas ¡y ellos durmiendo!

Así pasabamos el verano, de un recreo a otro. El de las Vistillas era mi preferido. Si te sentabas en las últimas filas veías las luces de la otra orilla, el Palacio Real y hasta las farolas de la Almudena. Más atento que a la película miraba hacia la caseta del operador desde donde el rayo de luz salía e inundaba la pantalla con imágenes animadas.

Cuando acababa la función no pocos salíamos apresurados a tomar un vinito o aguardiente. "*Para calentarnos*", decíamos y no dejaba de ser verdad, pues el viento frío y húmedo que llegaba del río nos dejaba ateridos hasta en pleno agosto.

94. MADRID. — El Seminario visto desde la calle de Segovia.



**E**ra esta esquina de la calle de Alcalá con Sevilla una avanzadilla del Mentidero de los Cómicos que, más abajo, se formaba tradicionalmente en torno a la plaza de Santa Ana. Yo no llegué a conocerlo, pues esto ocurría cuando la encrucijada de las Cuatro Calles daba a callejuelas infectas e intransitables. La calle Ancha de Peligros, que luego reformada, fue Sevilla tenía en su esquina una “bolsa de trabajo” para los actores. Esperaban jóvenes desaliñados, aunque con viva expresión en sus ojos, que algún empresario se acercara al zona, confiando en que esa mañana habría suerte. La mayoría de las veces las horas pasaban entre un pitillo y otro, de pie, en la que se dio en llamar “la Acera de los Cómicos”, sin que la suerte llegara.

El Café Suizo fue testigo de este trajín que acabó con su derribo, en el momento en que los teatros se multiplicaban y los cinematógrafos hacían su aparición.



CALLE DE SEVILLA Y PLAZA DE CANALEJAS  
(Madrid)

Una de las primeras transformaciones modernas que se han verificado en el centro de Madrid corresponde a la calle de Sevilla, que todavía avanzada la segunda mitad del siglo *xv*, era un abigarramiento de vallas y de ruinas de la antigua calle Ancha de los Peligros y de la de Hita o de los Bodegonos. De la vía primitiva es la acera de la izquierda entrando por la calle de Alcalá, y aun se conserva alguna estrecha casa de la parte vieja.

Es una de las más hermosas y animadas de la capital, aunque la haya restado algo de carácter la desaparición de la casa del café Suizo, donde ahora se halla el Banco de Bilbao. Esquina célebre por ser el punto de parada de cómicos y toreros. La otra acera está ocupada por el edificio del Banco Español de Crédito, antiguo de la Equitativa, y el del Banco Hispano Americano. El primero tenía en su chaflán el grupo escultórico que está en el Campillo del Mundo Nuevo, y sobre el reloj el escudo de los Estados Unidos, que fué arrancado y arrojado al suelo al ser declarada la guerra hispanoamericana en 1898.

Al fondo se ve la plaza de Canalejas, de forma circular y rodeada de modernas construcciones, en el lugar que ocupaba la tradicional encrucijada de las Cuatro Calles.

Entraban los bueyes con su carga desde la calle de Atocha. Los aldeanos que llegaban a Madrid descansaban del viaje a lo largo del Prado. Muchos, después del trayecto y llegando al destino, dejaban a los bueyes en el andén izquierdo y se paraban a comer y charlar con otros "isidros" de los percances del viaje.

En ocasiones, bueyes y mulas entorpecían el tránsito normal de los viandantes, otras veces, eran los animales los que llamaban la atención de los paseantes que se arribaban a ver. Esto sucedía, sobre todo, cuando alguna de las mulas, demostrando su tozudez, decidía no seguir, o se caía en medio del Paseo y se negaba a hacer caso a su dueño. Injurias y maldiciones salían de boca del hombre que formaba a su alrededor un corro de curiosos entretenidos por el espectáculo.

En otros casos era una carreta la que, atascada en uno de los numerosos baches de la vía, hacía concurrir a los madrileños. Las mulas y bueyes eran desenganchados y el carretero debía aligerar la carga, formando un "tapón" en la calzada. Siempre había algún espontáneo que se lanzaba a ayudar, acompañando en los improperios al carretero que tenía memoria para acordarse de los animales, del carro, de la calzada y, por supuesto, del Ayuntamiento de Madrid.





Ayuntamiento de Madrid



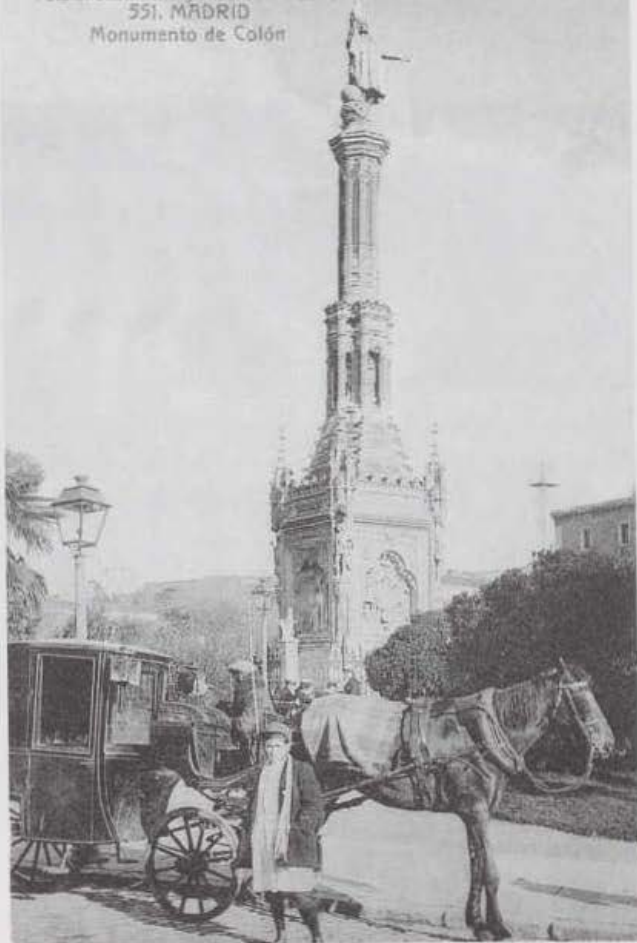
*M*ira Cristobal Colón el horizonte, ha atisbado tierra, América. Y recordando la aventura fue deseo de Alfonso XII que se le erigiera una estatua a este navegante genovés. Pretendía el rey que fuera el Parque de Madrid el que la albergara. La carabela Santa María surgiría en piedra entre las aguas del estanque y la figura de Colón sobresaldría avizorando en los confines del horizonte.

No pudo ser este proyecto pero sí, en cambio, este otro, cuya figura parece no percatarse de lo que allí pasa, bajo sus pies.

Ni las matronas, ni los conductores, ni los paseantes reparamos tampoco mucho en él, aunque en mientes le tenemos cuando conocemos a alguien *soso y estirao*:

“En tres cosas te pareces  
a la estatua de Colón:  
por lo duro, por lo tieso  
y por tu conversación”

Fotale, Castañeira y Alvarez.—Madrid  
551. MADRID  
Monumento de Colón



Ayuntamiento de Madrid

*H*abía un *ambiente democrático* en el Paseo de Recoletos. Las menestrali-  
llas, los chicos del comercio, los temporilleros de la burocracia y las  
modistillas desgastaban sus suelas en los bulevares, paseando entre dos  
hileras de sillas de hierro, en las que se acomodaban las mamás para ver y  
comentar los movimientos de sus niñas.

Ya casi no había aguadoras con vaseras, esos cuadros de madera o hierro con agu-  
jeros para el botijo, los vasos y la botella de aguardiente y un cajoncito cubierto con una  
tapa de cristal para los azucarillos, y los aguaduchos habían cambiado mucho en mi  
época, aunque no faltaban los barquilleros, haciendo girar la rueda y chiquillos que gri-  
taban: "¡Pastillas de café con leche de Logroño!"

Se instalaban cines al aire libre, barracones desmontables en los que se podían  
seguir las últimas aventuras de un "cow-boy" o las hazañas de "Juanito" por sólo 20 cén-  
timos, o treinta en preferencia.



MADRID  
PASEO DE RECOLETOS

Ayuntamiento de Madrid

**J**ulio Romero Torres solía ir a San Andrés en los días de feria, y es que valía la pena verla. Puede que el pintor sólo quisiera descubrir nuevos colores pues, desde el amanecer, la plaza se llenaba de diferentes tonos de rojos, amarillos, verdes... Pimientos, tomates, calabazas, berenjenas y todo tipo de frutas y verduras ordenadas en montones sobre las telas blancas de los puestos.

—“¡Baratas, naranjas de Valencia!” “¡Señoras, lechugas recién traídas de Navalcarnero. Tiernechitas!” “¡Esta mañana las he cogido!”

Mucha gente compraba en estos mercados callejeros con la seguridad de que los productos recorrían un corto camino desde el campo a su cesta. Las mujeres del barrio madrugaban más ese día pues sabían que quien primero llegara encontraría los tomates más duros y rojos y las peras más dulces. A veces, incluso, algunos puestos tenían que cerrar antes de tiempo, pues se les acababa “la cosecha”



COLECCIÓN "BAENA" SERIE C-1

(El 20 pienso ir Madrid)



FOT. LAURENT MADRID

N.º 6—MADRID "En la feria de San Andrés"

(Date a visarse antes)

Recibido la colección de  
Monte. La cruz de las Petacas  
me recuerda a Gazarros.  
Mandame con frecuencia  
72 febrero. Emilio



Paseaba un día por la plaza cuando vi un grupo de gente reunida formando un círculo junto a la verja de la estatua. Me acerqué y vi, en el centro, a una mujer de mediana edad sentada en un taburete, con los ojos tapados por un pañuelo fuertemente atado alrededor de sus sienes. A su lado, un hombre con pantalón de pana y alpargatas que resultó ser su marido, le hacía preguntas:

—“Arista, ¿Vas a contestar a las preguntas que te haga?”

—“Sí”, contestó ella con una voz que parecía venir de ultratumba.

—“Pues bien, dime, ¿A quién estoy señalando?”

—“Es un hombre... es joven... lleva una cesta y, se llama Perico”

El aludido meneaba la cabeza de arriba a abajo con cara de asombro.

Continuaba la mujer:

—“El de al lado, lleva un gabán azul... se llama Juan... veo que se dedica al comercio”

Yo estaba seguro de que todos estaban compinchados y de que veía a pesar del pañuelo, pues a los demás sólo les *adivinó* las ropas que llevaban y lo que les pasaría en el futuro. Siempre era igual. Me di la vuelta para irme antes de que *pasaran la gorra* cuando la mujer dijo:

—“Ese que se va no es de Madrid, aunque lleva años aquí”

¿Se me notaría en la cara?



Ayuntamiento de Madrid

**E**l limpiavías, como su nombre indica, era la persona encargada de limpiar las vías del tranvía. Y así lo hacían también, como se puede ver, en la calle de la Princesa.

En mi época, los tranvías no eran todo lo modernos que fueron después y su sistema de frenado era bastante rudimentario, pues consistía en echar arena delante de las ruedas, en la vía. Por eso, alguien tenía que pasar a cada rato con un palo vaciando el raíl.



Ayuntamiento de Madrid

**N**aya, un barquillero! Y como siempre rodeado de chiquillos. Todos los días de fiesta, en las plazas y parques, encontrábamos algún hombre cargando, con unas fuertes correas, una pesada barquillera repleta del dulce color crema. Hacíamos girar la rueda de la caja una y otra vez, sumando cantidades, aunque temiendo que en alguna ocasión nos saliera el clavo y perdiéramos lo que llevábamos acumulado. Yo no arriesgaba mucho y me plantaba en seguida, pero, alguna que otra vez, me hice con un enorme cucurucho que el barquillero conseguía encajando todos los barquillos ganados. Otras veces, ni siquiera tentaba a la suerte y por una perra gorda le compraba los barquillos directamente. Los más mayores se jugaban las perras, en vez de los barquillos, al número más alto, con lo que la rueda de la barquillera quedaba convertida en una ruleta. Pero a mí me gustaba el premio dulce y sabroso de los barquillos, ¡esos barquillos de canela y limón!





Ayuntamiento de Madrid



Desde la Plaza de Oriente, yendo a las Vistillas, te cruzabas con medio Madrid, con los isidros que venían de ver la parada militar, con las mujeres que iban a la Plaza de la Cebá y, por supuesto, con la pareja de guardias que atendía la seguridad en el Viaducto.

Ya habían tenido que instalar una verja más alta que la barandilla para evitar que la gente se arrojara. La primera vez que esto ocurrió no hacía mucho tiempo que se había terminado de construir el puente. Una joven había sido comprometida a un muchacho por designación paterna, sin embargo, ella no estaba enamorada de él y sí, desgraciadamente, de otro mozo que, según sus padres, no le convenía. Desesperada, y viéndose acorralada por las circunstancias, no se le ocurrió otra salida que tirarse a la calle de Segovia desde el nuevo Viaducto. Mas su propósito no se decidió en este acto suicida pues la falda y las enaguas se inflaron como un globo y se salvó.

Después de esta aparatosa "inauguración" la joven consiguió lo que se proponía en un principio y se casó con su querido pretendiente, y el Ayuntamiento instaló la verja famosa.

Los intentos de suicidio siguieron sucediéndose e, incluso, llegó a convertirse en historia tragicómica cuando algún *avispa* amenazaba con tirarse hasta que algún beneficio les "disuadía"



Ayuntamiento de Madrid

*U*n rincón torero éste de la Plaza de Santa Ana. Aquí, en el Hotel Reina Victoria, paraban los mejores toreros que, con mayor o menor fortuna iban a encontrar su suerte ante el toro y el público, siempre exigente, de la Villa.

Desde que se construyó en los años veinte, alojaba en sus habitaciones miedos, rezos y victorias. Si se habían cosechado éxitos en la plaza se celebraba en los locales próximos al hotel. Y así se podían encontrar cobijados entre la madera y la cristalería bávara de la Cervecería alemana, en torno a las mesas de mármol, a toreros departiendo con actores y brindando con los novelistas y pintores más afamados de la época. La tradición taurina vive aun en esta plaza, antes llamada del Príncipe Alfonso y se codea con artistas y literatos como hizo antaño regada con una bebida tan poco castiza, aunque firmemente arraigada, como la cerveza.

GRAN HOTEL  
REINA VICTORIA

MADRID



Ayuntamiento de Madrid

Salían de Madrid aquellos jovezuelos camino a su pueblo. El día que les tocaba acompañar el carro repleto de productos, que luego venderían en la Villa, era casi un día de fiesta. No sabían lo que era un día de descanso y, por ello, miraban y se dejaban seducir por todas las novedades que les ofrecía la capital. Desde los niños que jugaban con las astas de toros que compraban en el Matadero Municipal hasta los niños que se bañaban en el río a riesgo de perder su ropa y ganarse una reprimenda si algún guardia les pillaba, todo les llamaba la atención.

Pero, lo mejor eran los pregoneros de golosinas. El vendedor de cacahuetes que en su carrito con el horno encendido dejaba ver todo el tueste. Aquel que hacía ante la vista atónita de los niños caramelos al instante, batiendo la masa azucarada hasta conseguir un cordón que cortaba con unas tijeras antes de endurecer por completo. O aquella que en su quiosco competía con los demás pregoneros ofreciendo a la chiquillería el moderno "pirulí", un caramelo cónico que se comía sujetándolo por un palito y al que los niños daban vueltas sin parar.

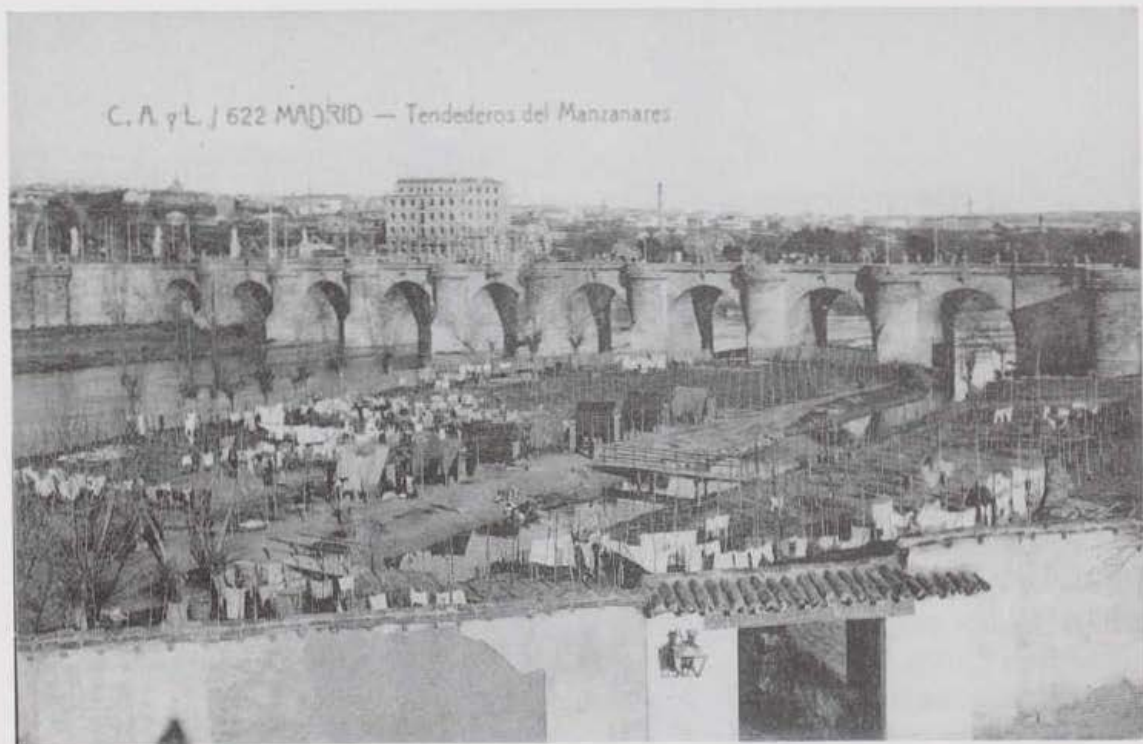




Ayuntamiento de Madrid



ábanas tendidas al sol, alineadas y repetidas. La intimidad de las casas de Madrid puesta a secar. Guardan de ellas los propietarios del tendedero, aquellos que viven en las casuchas medio en ruinas que presiden la ribera. Allí se come, se vende jabón y se recogen las ropas que aún no se repartieron. Las lavanderas que alquilan estos depósitos de coladas terminan su jornada entregando su cargamento diario y, si alguna vez falta algo, pagarán de su bolsillo lo olvidado o lo perdido. Todos los días el mismo trajín, excepto el domingo. Pero aún se ven en esos días lavanderas agachadas, restregando y enjabonando. Son las *golondrinas*, mujeres pobres o criadas que no les llega el sueldo para darles la ropa a las otras, las profesionales, que ellas llaman *talegueras* y, así, buscan uno de estos cajones para lavar más a gusto.



Ayuntamiento de Madrid

**R**ecuerdo aquellos años en los que, por la calle de Alcalá y sus alrededores, lo más normal era encontrarte con Valle-Inclán, Jacinto Benavente, Pío Baroja, Azorín o Unamuno. Todos se acercaban a los cafés del centro a pasar unas horas de charla frente a las mesas de mármol del “Café de la Montaña”, “El Café del Correo”, “El Gato Negro” o “El Pombo”

A la tertulia de “El Gato Negro”, en la calle del Príncipe, asistía regularmente Benavente y cuentan que, en cierta ocasión, se presentó allí Pío Baroja y se sentó encima del sombrero de don Jacinto quien, al darse cuenta de lo sucedido, dijo:

—“Oye Pío, has confundido mi sombrero con la gramática”

Valle-Inclán solía ir más al “Café de la Montaña” y, más tarde, al Ateneo, donde echaba alguna partidita de ajedrez, siempre rodeado de mirones, lo que le sacaba de sus casillas. Se dice que, una tarde, uno de ellos se atrevió a interrumpirle:

—“Don Ramón, tiene usted una pieza mal colocada”, le dijo señalando una torre que estaba en una casilla que no le correspondía.

Valle-Inclán, indignado, se dio la vuelta y respondió:

—“Aquí el único que no está en su sitio es usted” y volvió a su juego tan tranquilo.

MADRID - Banco de Bilbao.



Ayuntamiento de Madrid

**B**ajaban desde la Puerta de Alcalá, por Alfonso xii, los forasteros cargados con sus carros cuando al llegar a la esquina con el Paseo de Atocha miraban recelosos el bello edificio del Museo Antropológico, el museo del doctor Velasco. Contaban que su fundador paseaba todas las tardes en un lujoso coche de caballos acompañado de una misteriosa figura. Ella era su hija, muerta a causa de una dolorosa enfermedad, que, según decían, fue embalsamada por su propio padre que no podía soportar la idea de separarse de ella.

Yo nunca creí en tales historias de fantasmas y aunque me divertía escuchar tales cuentos no dejaba de asombrarme la asociación que hacían algunos entre este insigne personaje con tan irracional leyenda teniendo en cuenta su dedicación a la Ciencia. En su museo la figura de Miguel Servet nos invitaba a entrar y curiosar por sus salas, donde nos esperaban: preparaciones en cera para los estudios de Medicina, una colección de craneos procedentes de todas las provincias de España, restos prehistóricos, etc...





Ayuntamiento de Madrid



**L**a esquina de Preciados estaba siempre llena de vendedores de cosas raras, inventores ingeniosos de juguetes mecánicos y esos que llevaban colgada al cuello una caja llena de gomas de borrar, tinteros, barras de lacre, llaveros, lapiceros y mil cosas más.

Yo, a veces, me paraba ante los que ofrecían unos cuadernos con cartas amorosas que tenían en la portada un corazón atravesado por una flecha. Me parecía increíble que alguien las comprara y las mandara como suyas. Eran muchos los soldados que se acercaban buscando versos que recitarían a las niñeras en el Retiro.

También había muchos listillos que esperaban a la salida de los Salones de Limpia-botas —que por aquellos tiempos inundaron la Puerta del Sol— y, muy en secreto, enseñaban fotografías obscenas de mujeres desnudas a 15 céntimos la tira. Se podía encontrar lo inimaginable en Sol.



Ayuntamiento de Madrid

Por la mañana, temprano, la Cebada presentaba siempre un aspecto muy animado. Las criadas más madrugadoras llegaban con la cesta en el brazo, apresurándose para ser las primeras en la cola del pescado. En la puerta del mercado, las verduleras ofrecían ajos y hierbabuena para las lombrices, mientras las de los puestos interiores esperaban a los clientes adornándose coquetamente el pelo con hojas de perejil o un manojito de rábanos.

Nada más atravesar la puerta se sentía la humedad y había que tener cuidado, pues el suelo estaba siempre mojado y, al menor descuido, te podías ir al suelo de un resbalón. Así, moviéndome entre los puestos con precaución, veía los cangrejos que se subían unos sobre otros tratando de salirse de entre los sacos, y los galápagos y tortugas que se anunciaban como el mejor método para terminar con los insectos de la casa.

Olía a una mezcla de verduras, carne y pescado, todo condimentado con cantidades de ajo.

A eso de las diez, comenzaban a llegar las cocineras y las señoras a comprar, entonces, los vendedores tenían que dejar la cantina y su café de puchero y volver para atender sus negocios.



Ayuntamiento de Madrid



Como tantas otras veces, estaba citado ante la farola de La Equitativa. La espera no se hacía tan dura en este cruce de caminos y la impuntualidad era siempre perdonada ya que no faltaba distracción. Allí, parado, sólo temía encontrarme con algún "viejo conocido" de esos que te saludaban efusivamente, como un amigo íntimo y no tardaban en pedirte unas pesetas que no tardarían en devolverte.

Había mucho movimiento aquella mañana y los tranvías bajaban repletos. En medio de la agitación me pareció que alguien me llamaba. Al volverme, reconocí a un antiguo vecino que se acercaba sonriente y que, cuando llegó hasta mí, me abrazó emocionado.

"¡Cuánto tiempo sin verle!, y lo que nos hemos acordado de usted en mi casa. No me diga que viene a hacerse un seguro. Pues me acaban de contar una historia increíble..."

Así, sin dejarme decir ni una sola palabra, siguió "...había venido Sara Bernhardt a trabajar a Madrid y se acercó hasta aquí para hacerse un seguro. El doctor que la atendió le dijo que antes debía someterse a un examen médico, rutina, ya sabe. La diva, ni corta ni perezosa, y parece ser que dispuesta ya para ir a su espectáculo nocturno, se desabrochó el abrigo y ¿a que no se imagina?. Estaba completamente desnuda, por lo menos eso dicen. Por cierto, ¿no podría dejarme un durillo?. Mañana se lo devuelvo sin falta"

N.º 18. MADRID  
LA EQUITATIVA



Ayuntamiento de Madrid



— "Z aya tela, amigo!, esto ni es *vía* ni es *na*"  
— "Pues yo no me quejo mientras pueda *echarme* un cocidito  
p'almorzar"  
— "¿Un cocidito?. Esta sopa es agua y, además, fría y no sabe a *na*. Un  
muslo de pollo *pa* seis, ya me dirás"

— "Pero, al menos, podemos echarle un muslo de pollo, hay otros que toman la *sopa boba*"

— "Que no les cuesta diez horas al día cargando ladrillos"

— "Chico, *paece* que tuvieras serpientes en la garganta, sólo te salen pestes por la boca. Que si el trabajo, que si el cocido. Pues a mí me han dicho que los que tienen, comen de to menos cocido"

— "Pues no saben lo que se pierden"

Y así, resguardándose del frío, pasaban su intermedio en el trabajo, entre platos fríos y escasos, comiendo lo más rápido posible para aprovechar cinco minutos de *siesta* antes de volver a los ladrillos.

COLECCIÓN "BAENA" SERIE C-1.\*



N.º 2 - manifiesto "La familia del pater"

FOT. LAURENT MADRID

decidido tu postal. Se escribirá  
uno de estos días, eso me  
chirras. Bajo el muelle  
1 febrero 1903.

**D**icen que había en Cuchilleros unas cuevas donde Luis Candelas y sus amigos se escondían. No sé si por eso en esta calle, paraba un carro grande y ancho que recorría los pueblos de Madrid con un cartel en la parte trasera en el que se veía un espantoso crimen. Dos viejos eran los propietarios. En su carro-vivienda, había una especie de armario con seis redondeles con cristales para ver las vistas.

El hombre sacaba una tabla con un fuelle montada en un trípode con lentes de mira. La gente se sentaba enfrente, en un banco. El viejo les echaba una cortina por detrás, cubriéndoles las espaldas para que vieran mejor y los espectadores ya estaban preparados para ver y escuchar el espantoso crimen.

El viejo tomaba el puntero y, señalando el cartel del crimen, cantaba:

“Todo el mundo me esté atento  
alargando las orejas,  
de manera que los hombres  
mulas manchegas parezcan;  
dejen de mentir los sastres,  
de presumir las mozuelas,  
de hilar y arrojar gargajos  
las descomunales viejas”

Y comenzaba la historia.



Ayuntamiento de Madrid

*S*iempre fue la Plaza Mayor un lugar muy propicio para los charlatanes. Hubo uno que prometía curar casi todas las enfermedades. Llegaba con una silla de tijera y una caja, se acomodaba en su rincón e iba sacando sus *instrumentos*. En un cartel desplegado, señalaba con el puntero diferentes órganos del cuerpo.

—“Este hígado está enfermo —decía— Se puede ver por su color. Y yo, les voy a decir cual es su mal: la ictericia y los cálculos biliares”

Los que le rodeaban no perdían detalle de su charla y quedaban admirados cada vez que oían nombres que les sonaban a *científico*. Entonces, el viejo vendedor sacaba un frasco de píldoras negras y apuntaba hacia las fotos amarillentas de sus curaciones más famosas.

—“¡Sólo 35 céntimos y su hígado volverá a estar sano!. Pero este maravilloso medicamento de mi invención no sólo vale para esto, cualquier dolor de estómago o molestia tras las comidas, puede solucionarse con unas pastillas, ¡y sólo por 35 céntimos! ¡Sí, he dicho 35!”

Siempre le vi vender unos cuantos frascos, cuando no era para el hígado, era para matar la solitaria, y si no, para la diarrea.



II. Madrid.—Plaza Mayor.



Ayuntamiento de Madrid



*M*enudo revuelo se armó el día en que se dispuso adelantar una hora los relojes!. Recuerdo que era abril y la guerra europea aún seguía su curso. Decía el Real Decreto de la Presidencia del Consejo que esta medida traería beneficios económicos, sin embargo, nadie estaba conforme con ella. A las 11 de la noche, todos los relojes oficiales adelantarían una hora y lo mismo debían hacer los particulares, al igual que se había hecho en Francia y en Inglaterra. Esta disposición igualaba la hora oficial con estos países y eso evitaría las perturbaciones en los servicios de carácter internacional, según decían los partidarios de la medida. Y unían a ello, todo el discurso del Gobierno sobre la economía al reducir el "déficit" del carbón al cerrar todos los establecimientos públicos una hora antes y con ello, el alumbrado.

Los que estaban en contra respondían que si esto era lo que se pretendía, mejor hubiera sido reducir el trabajo un día por semana o una hora en cada jornada en aquellas fábricas en que hubiera sido posible.

La discusión seguiría aún un tiempo hasta que la costumbre hizo olvidar el cambio horario. Pero resultó cómico, nunca antes el reloj del Banco de España, reflejo de la economía fue causa de tanta polémica.



Ayuntamiento de Madrid

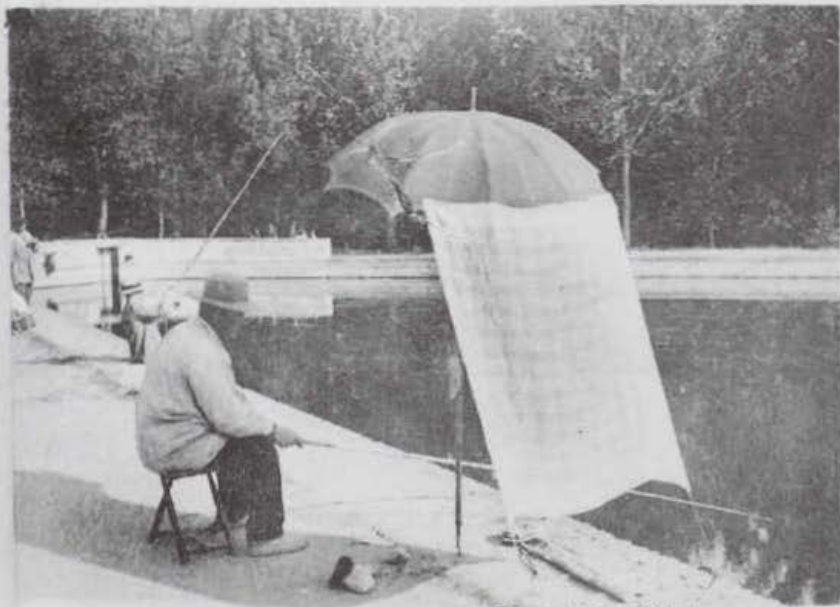
Todos los días, de febrero a octubre, iban a pescar a la Casa de Campo. El lago era un gran criadero de barbos, panzones y carpas.

—“He llegado a pescar alguno de arroba y media —comentaba un anciano con orgullo—, pero, mejor que los peces, es la tranquilidad, y la charla porque aquí somos todos jubilados y dígame usted, ¿Qué íbamos a hacer de la mañana a la noche y de lunes a domingo si no tuviéramos esta afición?”

Pero no siempre hablaban. Yo me paraba un rato a mirarles desde lejos, silenciosos e inmóviles sujetando la caña. Se protegían del sol con esos sombreros de paja y miraban durante horas el agua tranquila del lago. Sólo se oía a las ranas y a los pájaros.

De pronto, la caña se combaba y el hombre se levantaba y recogía con oficio el hilo, entonces, terminaba la quietud, los otros pescadores dejaban de mirar al agua y se volvían hacia el afortunado que sujetaba con fuerza la caña. El pez daba los últimos coletazos antes de caer en la cesta y los otros pescadores volvían la vista a sus cañas. Puede que más tarde picaran su anzuelo.

COLECCIÓN "BAENA" SERIE-Q-1.27



N.º 7-MADRID "En la casa de campo"

FOT. LAURENT MADRID

Salgo el día 20 Madrid.  
Hecho el 4.º saca-martano  
Gentilme a Madrid.  
14.2.08. Smilis

**A**l final de la Carrera de San Francisco, en la plaza, vivió una de las más famosas artistas del Madrid de mi época: Pastora Imperio. Su padre tenía una tienda de confección de ropa para toreros en la misma plaza. Su madre fue la mejor bailarina de sevillanas de su tiempo, Rosario *la Mejorana*.

Se llamaba Pastora Rojas Montes y el sobrenombre artístico, Imperio, se dijo, no sé si será cierto, que se lo puso don Jacinto Benavente. Debutó muy joven, a los doce años, aunque siempre he oído que hacían ver que tenía diecisiete, en el conocidísimo Salón Japonés y no tardó mucho en conseguir una popularidad que siempre la acompañaría.

En ella se cumplió la historia novelesca de la cantaora y el torero, pues se casó con Rafael Gómez, *el gallo*, comentándose el acontecimiento por mucho tiempo en Madrid. No duró mucho el matrimonio y, tras la separación, subió aún más la fama de la artista cuando cantaba aquello de:

“Tengo yo una pena, pena,  
que me está quitando la vía  
y que me tié que matar...”





Ayuntamiento de Madrid



**A**ún quedaban algunos puestos ambulantes frente a la catedral a la hora en que un amigo y yo quedábamos en el Café de San Isidro. Se llamaba así porque su puerta daba a la fachada de la iglesia, y más de uno contaba a la vuelta en casa, que había pasado a San Isidro, sin mentir a la parienta y sin haber escuchado misa.

Me gustaba ir porque era un Café animado donde podías encontrarte todo tipo de personajes. Parecía realmente pensado como un escaparate de tipos madrileños, como la propia calle de Toledo. Sin embargo, pocos conocían el local anejo, más bien una habitación, donde el ambiente cambiaba nada más traspasar la puerta. Era llamado "La vicaría" y se trataba de un reservado, donde los murmullos y los besos eran el único ruido permitido. Regentaba esta zona "el musaraña", que, mirando al techo sin casi moverse, pasaba las tardes, hasta que le llamaban o se montaba algún escándalo. Entonces, como si tuviera un resorte, despertaba de su embelesamiento y reprendía a la pareja.

Muchos hacían comentarios irónicos sobre los asiduos del local, pero, ¿dónde se había visto más amor que en "*la vicaría*"?



Ayuntamiento de Madrid

*S*iempre ha habido una relación especial entre el pueblo de Madrid y la fuente de Cibeles. Sólo el hecho de que a su nombre le preceda siempre un "la", denota una gran familiaridad con la diosa, porque, aún siendo una madrileña más, nunca dejó de ser diosa.

Recuerdo, a propósito de esta confianza, que en 1928, apareció una mañana *La Cibeles* envuelta en una capa. La noticia corrió como la pólvora por Madrid, y todo el que pudo se acercó a ver la nueva imagen de la escultura. Alrededor de la fuente, se comentaba que la broma debía estar relacionada con uno de los Seseña, los más famosos fabricantes de capas de la capital, ya que la publicidad fue asombrosa, pero ellos lo negaron desde el principio.

Y es que *La Cibeles* siempre ha estado en boca de todos.

MADRID - LA CIBELES



Ayuntamiento de Madrid

Ellos con sus chaquetas de trencilla y con sus fajas de lana o cuero, la colilla en el labio y la alforja al hombro. Ellas con sus pañuelos de colorines y sus medias bordadas. Así llegaban a Madrid los *isidros*. Aparecían en masa rondando la fiesta del Santo o de pocos en pocos el resto del año, presentándose sin avisar en la casa de un familiar o buscando una habitación en uno de esos paradores arcaicos de las Cavas, de Embajadores, de la calle Toledo o de Mesón de Paredes. Los más favorecidos por la fortuna, terminaban en la “posada del Peine”, su *palace* particular.

Nunca se olvidaban del botijo y se les solía ver saliendo de una estación de la mano, boquiabiertos al paso de los simones y aterrados si se cruzaban con un ruidoso automóvil. Sufrían más que nadie la picaresca popular, pues eran ellos los preferidos de *tomadores* y *timadores*, y, al final, casi todos cruzaban la calle Alcalá con un billete de libre paso que les habían vendido a la entrada.

Se perdían mil veces y se encontraban otras mil, pero, eso sí, siempre llegaban a tiempo para la Romería.



COLECCIÓN "BAENA" SERIE C-I.\*



N.º 2-Madrid: "Llegada del tren gallego"

FOT. LAURENT MADRID

Ga 29 de la Serie.

*Dime i hasuelto de  
granada y esculame.  
Bays siempre  
29.1.03, Churilo*

**Y** Ya hacía unos años que había comenzado el siglo y sólo oía hablar a los viejos quejándose de los cambios que iban surgiendo en Madrid. Tenía un amigo que durante unos años fue habitual de Fornos, café que estaba en la calle Alcalá, al lado de las Calatravas, al cual le parecía que el mundo cambiaba muy aprisa y a peor, y todo porque su querido café se había convertido en Gran Café y con el cambio de nombre su fisonomía y los asiduos se habían transformado. ¡Hasta el café no se saborea igual! decía recordando el que servían traído de Puerto Rico.

Los parroquianos habituales de Fornos sabían que la hora de cierre impuesta por el Ayuntamiento no era más que una formalidad ya que lo normal era que concurrieran allí después de la "cuarta de Apolo" para tomar una de sus cenas famosas a dos pesetas. El trasnochar era corriente en el café, llegando en algunos casos a ser los representantes del Gobierno Civil los primeros en transgredir esas normas.

¡Qué lejos queda el suntuoso café, su alfombra blanca de terciopelo, sus estatuas de bronce portaantorchas, su reloj colgante con sus dos esferas o los bastidores volantes que, pendientes del techo, refrescaban el aire.! ¡Qué habrá sido de aquellos simpáticos camareros que te fiaban en caso de necesidad sin cobrarte ni un céntimo de interés? ¡Qué triste final el de las tertulias que allí se formaban, como la de la "farmacia", que acabaron dispersándose hacia otros cafés de la zona alrededor de algún eminente escritor...! Y así dejaba siempre a mi amigo, lamentándose de lo que fue.



Ayuntamiento de Madrid

*Q*ué bien lucía Isabel II en medio del jardín de su plaza! Me sentaba en uno de los bancos, a espaldas del Teatro Real a leer el periódico aprovechando los primeros rayos de sol de la primavera y se me pasaban las horas muertas. Un buen día me levantaron la plaza y decidieron guarecer la estatua que modeló Piquer en el interior del Teatro, sustituyéndola por una alegoría de la Comedia. Lo sentí, porque cada vez que llegaba a la plaza, no podía dejar de sonreirme al recordar la anécdota que se contaba que ocurrió a mediados del siglo pasado, cuando la instalaron. Parece ser que el Ayuntamiento, falto siempre de presupuesto, recurrió al Comisario de Cruzada, don Manuel López Santaella para que se hiciera cargo del gasto de la creación de la escultura. Cuando se había instalado definitivamente apareció una mañana un pasquín sobre el pedestal que decía muy socarronamente:

"Santaella de Isabel  
costeó la estatua bella,  
y del vulgo el eco fiel,  
dice que no es santo él,  
ni tampoco santa ella"





69 MADRID. — Plaza y Monumento a Isabel II. — LL.



*S*i se pasaba por Neptuno a la hora del almuerzo, en la época en la que se estaba construyendo el hotel Palace, era muy fácil encontrar allí a los obreros que trabajaban en la obra descansando y comiendo al solecito del mediodía. Con la edificación se pretendía que Madrid tuviera otro gran hotel del nivel del Ritz.

Cuando se inauguró el Palace, las habitaciones costaban siete pesetas diarias, aunque no tardaron en subir a quince.

En su hall, se reunía la mayor parte de la gente conocida de Madrid a merendar y pasaban, más tarde, al salón de baile, donde tocaban los *Boldi*, un sexteto de cuerda muy de moda en aquella época, que interpretaba a Stauss.

Recuerdo que, durante la primera guerra mundial, se alojó en el Palace la famosa espía Mata-hari, y se decía que, al ser España neutral, se utilizó nuestra ciudad para grandes intrigas internacionales. Y nosotros sin enterarnos.



Ayuntamiento de Madrid

*¡A* cuántos habrá visto salir y entrar este puente de Toledo!. Imagino como quedarían los que llegaran por él por primera vez a Madrid y se vieran *recibidos* por San Isidro y Santa María de la Cabeza desde sus *miradores* de granito.

Ya boquiabiertos por el tráfico y el movimiento de gente continuo en este antiguo camino, no podrían dejar de parar para mirar un rato el río Manzanares y así recobrar algo la tranquilidad, pues, al menos, el río de la capital no era mucho más caudaloso que el de su pueblo. Pero, de vuelta a este lado de la balaustrada, se preguntarían mil veces el porqué de ese puente enorme sobre ese hilo de agua y seguirían sin poderse contestar.

Otra parada a la salida para mirar esos troncos de granito que llaman obeliscos, en la plazoleta y, alrededor, todos esos reyes de piedra formando un corro. ¿Vivirían todos en Madrid?

Ya bastante aturdidos, sin poder imaginar lo que les esperaba más arriba y tratando de guardar cada imagen para contarlo más tarde, levantarían la vista y se encontrarían allí a lo lejos con la Puerta de Toledo y dirían asombrados: "¡Y Madrid no empieza hasta allí arriba!"



Ayuntamiento de Madrid

*S*i se mira hacia la derecha se ve el Palacio Real, pero me contó mi tía que en cierta ocasión, estuvo en las Vistillas para ver algo más original, algo que ocasionó un verdadero caos en Madrid: el paso del cometa Halley.

“Ahora ya no nos asustamos de nada –contaba mi tía– pero, entonces, cuando oímos el terrible anuncio de que un cometa se acercaba a la tierra y que con su cola la arrasaría, pusimos todo patas arriba. Gastamos hasta la última peseta en provisiones, fíjate que casi seis meses después seguíamos comiendo de las lentejas que compré *por si acaso*. En los periódicos salieron incluso noticias de gente que se suicidó por miedo a estar vivo cuando llegara el *fin del mundo*.

Tu tío, que era un hombre culto y razonable y no se dejaba llevar por lo que oía en la calle, fue a hablar con un conocido que estaba en el Observatorio. Me contó que había allí muchos pidiendo explicaciones y que, cuando les contaban que no tenía por qué pasar nada, no dejaban de poner *peros*. Total que no se iban a dejar convencer de que no había peligro.

Yo, ya te digo, por si acaso, compré comida sin decírselo a tu tío, pero creo que, cuando se enteró, no le pareció tan mal. Luego, pasó el cometa, ¡ni lo vimos! aunque a nuestro lado, en las Vistillas, algunos decían que lo veían incluso notaron que se movía la tierra. ¡Imagínate!, total, que entre eso y luego el final del siglo, fue una época movidita, donde un día sí y otro no, iba a terminar el mundo”





Ayuntamiento de Madrid

**E**n las zonas con más vida de Madrid, como la calle Alcalá, era donde más al día estaba la picaresca.

Si algunos timadores hubieran utilizado su ingenio en otros terrenos, quizás hubiéramos conseguido algún otro premio Nóbel. ¡Era increíble lo que podían llegar a inventar para sacar unas pesetas —algunas veces muchas pesetas—!

En mi época, se pusieron de moda algunos de los timos más disparatados que he oído nunca, como ese que se hacía en los cafés, donde llegaba un hombre con una maquinita muy sencilla, hecha con dos cilindros ajustados, en la que se metía un papel blanco y salía un billete de cien pesetas nuevecito.

El timador, para demostrar que el resultado era perfecto, pagaba los cafés con el billete *recién fabricado* y el camarero le daba las vueltas sin advertir nada raro. Claro que esto era bastante normal, pues el incauto que paga cuatro mil pesetas —de las de entonces— por la maquinita podía comprobar que el único billete que podía salir de ella era el que habían metido antes los timadores quienes, para ese momento, ya estarían bien lejos.



### CALLE DE ALCALA (Madrid)

La Generala Junot, Duquesa de Abrantes, que conoció esta famosa calle madrileña en tiempos de Carlos IV, decía de ella que era una de las más bellas de Europa. Y su belleza ha ido en proporción creciente pasados los cien años de aquel juicio tan exacto.

Los jardines del Palacio de Buenavista a un lado y al otro el Banco de España embozan la admirable perspectiva de esta calle, donde sobresalen los ingentes edificios del Banco Español del Río de la Plata, Círculo de Bellas Artes y Ministerio de Instrucción Pública.

El aspecto tradicional de esta calle está aún representado por el Teatro de Apolo, amenazado de desaparición; la antigua Iglesia parroquial de San José, templo que fué antes convento de Carmelitas Descalzos; la Iglesia de las Calatravas (siglos xvii y xviii); la Academia de Bellas Artes; el Ministerio de Hacienda, construido en el reinado de Carlos III, y llegando a la Puerta del Sol, el antiguo palacio de la Torreclilla, con su admirable portada barroca.

El Teatro Alkazar, Banco de Bilbao, Banco Español de Crédito, Casino de Madrid, y la famosa esquina del antiguo calé de Fornos, se destacan en la renovación de esta calle, que conserva su principado entre todas las de la capital de España.

*H*ubo en la esquina de *La Fuentecilla*, una farmacia que atendía un boticario muy erudito llamado don Nicomedes, que decía poder probar la existencia de *don Hilarión*, el famoso boticario de “La verbena de la Paloma”

Un día, don Nicomedes me contó que se trataba de un personaje sacado de la realidad, que su padre le había contado la historia de don Hilarión Ruiz, de la promoción facultativa de 1840, un boticario solterón, divertido y enamorado, que se ocupaba de una botica situada, igual que la de la popular zarzuela, en la calle del Humilladero, en el 13, entre *Mediodía grande* y la calle de los Holandeses. Y era más conocida por su famosa partida de tresillo que por sus pócimas, añadía muy satisfecho don Nicomedes.

Si tengo que decir mi opinión, reconozco que no me parece muy descabellada la historia, a mí, todos los personajes de zarzuela me parecen tan familiares...



Ayuntamiento de Madrid



"A

l bajar a las bancas  
del Manzanares,  
sin querer olvidamos  
nuestros pesares..."

Así, entre cantares y carcajadas trabajaban las lavanderas. Estrujando, restregando y golpeando contra la madera las ropas ajenas. De rodillas en sus cajones, a salvo de las riadas, sin mirar sus manos con sabañones, enjabonaban una a una las ropas del saco que trajeron por la mañana. Si hubo suerte y recogieron mucha colada, todavía tuvieron que alquilar a un mozo para que les ayudara a llevar más de un bulto de ropa. A mitad de la mañana un buen trago de aguardiente para acompañar a los chicharrones les ayudaba a seguir la faena. Y entre limpia y limpia:

"...parece que el agua  
nuestras penitas  
lleva corriendo  
cuando se va;  
y nos deja la alegría  
de pasar la vía  
que es bien *arrastrá*"



Ayuntamiento de Madrid

En este edificio de la plaza de Canalejas se instaló el periódico La Tribuna creado por Salvador Cánovas Cervantes, *ni lo uno ni lo otro*, como le llamaban otros periodistas. Dicen que opinaba sobre lo divino y lo humano, que pretendía sentar cátedra con sus discursos, bastante poco razonables, por otro lado. Yo no le conocí, pero oí hablar mucho de él pues ya se ve que no era muy querido.

La Tribuna era un “diario pacífico de la noche”, como el mismo se definía en portada, medio político, medio informativo, sensacionalista en todo y dado a escandalizar para llamar la atención *fuese como fuese*. Puede que esto le llevara a la rápida difusión, pero yo creo que fueron más sus divertidos concursos, como el de “chistes y colmos”, las encuestas, las entrevistas pícaras.

También recuerdo a Alejandro Pérez Lugín, “Don Pío”, su crítico taurino, que armaba enormes tremolinas en torno a la actuación de su ídolo Rafael *el Gallo*, que eran la comidilla de las tertulias cafeteriles de todo Madrid durante la semana.



Ayuntamiento de Madrid

*L*as paradas de taxi siempre me recuerdan a *los puntos* de los simones, aquellos coches tirados por caballos con los que paseábamos hace años Madrid despacito, sin prisa.

Tengo que reconocer que tardé mucho tiempo en saber de donde provenía aquel curioso nombre. Un día, le pregunté a un amigo muy acostumbrado a leer a los cronistas.

La historia, según me contó, se remontaba al siglo XVIII, siendo rey Fernando VI, quien *"por los servicios que le había prestado en las jornadas a los Reales Sitios un alquilador de coches de colleras llamado Simón González, le fue concedido el privilegio de seis coches de pechera para alquilar al público"*

No eran los coches de don Simón como los que yo conocí, aquellos eran, al parecer, armatostes imponentes, de múltiples colores y se alquilaban por medios días al precio de catorce reales más diez de propina para el cochero.

Los de mi época eran carruajes de plaza, situados en un punto fijo y se tomaban por carrera o por hora.





#### PARADA DE TAXIS (Madrid).

El servicio de carruajes de plaza data en Madrid de tiempos de Fernando VI. Los clásicos coches que tomaban el nombre del alquilador Simón González, primero que tuvo este servicio en Madrid para el público, han dejado el sitio a los actuales automóviles taxímetros, de los que existe un abundante servicio, cómodos y aseados.

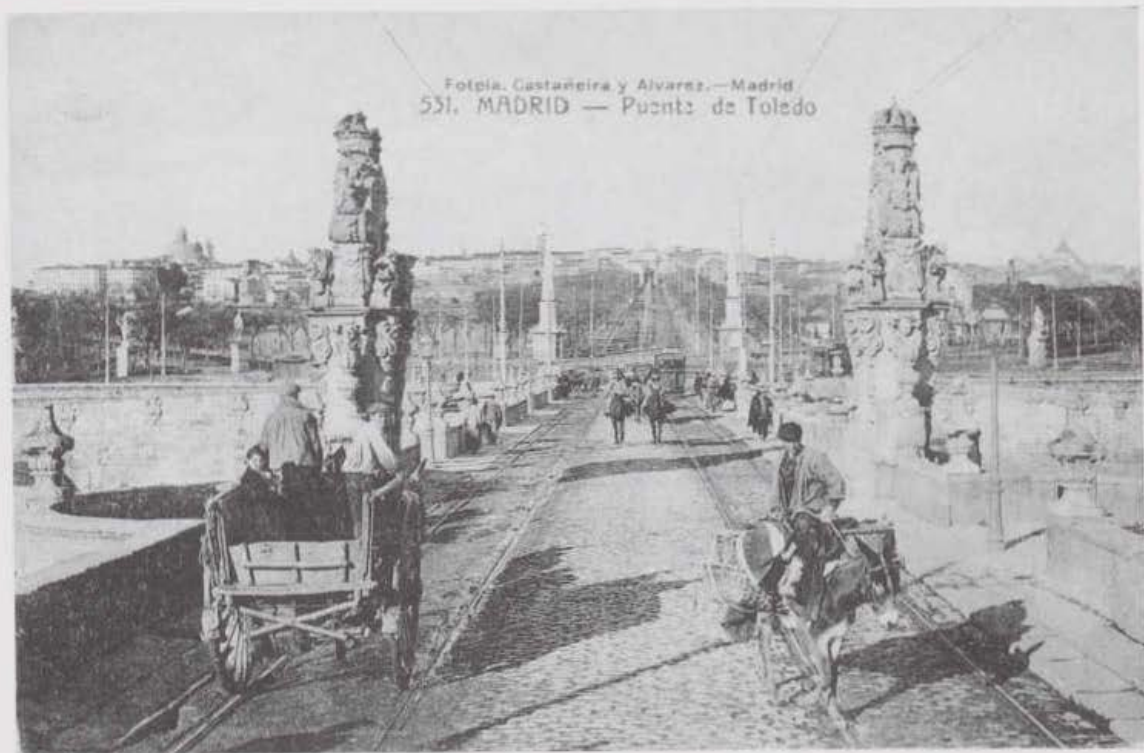
La Dirección del Tráfico urbano de Madrid, que está situada en la Plaza de la Constitución, núm. 3, facilita a quien lo solicite las tarifas de estos taxímetros, que nosotros detallamos a continuación:

TARIFA PRIMERA	
<i>Taxímetros que lleven uno o dos viajeros.</i>	
Bajada de bandera, con 800 metros de recorrido.....	0,40
Cada kilómetro más, en fracciones de 250 metros.....	0,10
Hora de taxi parado.....	4,00
TARIFA SEGUNDA	
<i>Taxímetros que lleven tres o cuatro viajeros.</i>	
Bajada de bandera, con 500 metros de recorrido.....	0,40
Cada kilómetro más, en fracciones de 150 metros.....	0,10
Hora de taxi parado.....	4,00
SUPLEMENTOS	
Por conducción de un baúl.....	1,00
Una maleta cuyo tamaño sea de 80 centímetros.....	0,50
Por un perro (reservado el derecho de admisión).....	0,50

Todo viajero debe tomar el número de los taxímetros que hagan sus servicios para poder hacer las reclamaciones oportunas, que en la Dirección del Tráfico ya indicada atienden solícitamente.

*M*abía en el Puente de Toledo un *fielato* donde los consumidores registraban a todo aquel que entraba en la Villa para que pagara el impuesto por introducir cualquier género de consumo. En alguna ocasión, subiendo en un tranvía de vuelta a Madrid, me encontré con más de una refriega entre estos agentes del Ayuntamiento y los *matuteros*. Así llamaban a los listillos y listillas que, aprovechando visitas a los Carabancheles o un día de campo, traían en su compañía a alguna gallina o un buen chorizo escondidos entre sus ropas.

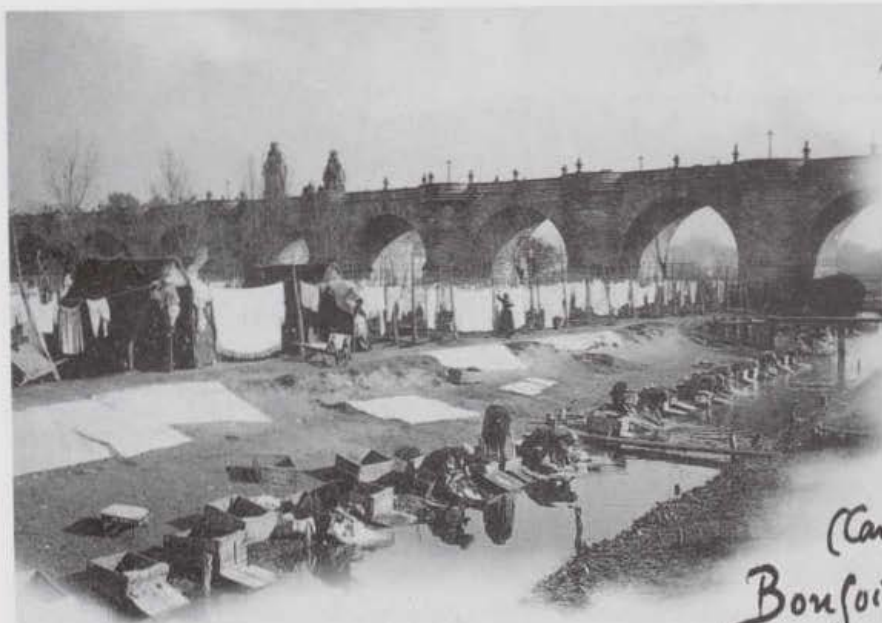
Nos hacían bajar del tranvía y, mientras uno de los consumidores se dedicaba a pinchar con su gancho de punta a todo bulto sospechoso que encontraba, otro registraba a las personas que venían andando por el puente. Debajo de sombreros, en barrigas de embarazadas y en más de un abultado estómago salían lomos de cerdo, morcillas o conejos. Los insultos e injurias de las falsas embarazadas recibían apoyo o reproche de sus compañeros de viaje. Con lo que, al final, algún *matute* entraba y mucho *matutero* no salía de la oficina de consumo.



Ayuntamiento de Madrid

Sobre los puentes, se nota ya el viento helado del invierno. Abajo, al borde del Manzanares, siempre rodeadas de ese olor, mezcla de lejía y lodo, estaban las lavanderas. Llegaban muy de mañana con sacos enormes que colocaban cerca de su cajón. Metían la mano en el agua sólo para comprobar que estaba tan fría como la mañana anterior, pero sus manos ya estaban habituadas al frío y al jabón, así que ponían la primera camisa sobre la paleta y frotaban hasta sacar la última mancha de vino que el señorito había echado el día anterior, comentando donde llegaría ese chico con esas juergas. Poco a poco se iban ocupando los cajones y, entonces, los temas de siempre: maridos enfermos, lo cara que está la vida o el mal humor de la señora esa mañana que, por otra parte, era muy comprensible con ese hijo que no le daba mas que disgustos.

Así, entre el frío, la ropa y la charla, pasaban el día, y vuelta con el saco y la ropa ya limpia hasta el día siguiente.



MADRID  
UN LAVADERO EN EL PUENTE DE TOLEDO

A. GARCÍA, FOT. 707 ROMO Y FUSSEL, LIBRERÍA-MADRID. — PCT. H. Y M-M

Bonjour,  
Cilon.  
Cela  
s'étale  
dans le  
Manzanarès,  
au bas du  
jardin du  
Palais Royal  
(Campo del Moro).

Bonsoir, Cilon  
p. Jacar



*C*irculaban por la izquierda. Sí, durante muchos años, en Madrid, se circuló por la izquierda.

Al principio no era una imposición, pues, según la ordenanza *"cualquier carruaje de carga o de lujo, cuidará de no entorpecer en su marcha el libre paso y circulación de los demás procurando ir siempre por la izquierda de la línea que siga, y forzosamente cuando encuentre otro en dirección opuesta"*

Entonces, no eran muchos los vehículos que circulaban por la ciudad y se podía hacer una ley como ésta. Lo malo era que en otras ciudades se establecía la derecha como obligatoria, lo mismo que en las carreteras de la red nacional. Recuerdo que, por ejemplo, en la carretera de la Dehesa de la Villa, la de La Coruña o cualquier otra más o menos cercana, había unos carteles indicadores, que solían encontrarse en el último punto que tocaban los tranvías, que obligaba a cambiar de la izquierda a la derecha. Un jaleo, claro.

Allá por los años veinte, se cambió la ordenanza y se comenzó a circular por la derecha, claro que, para ello, hubo que cambiar el recorrido de los tranvías.



Ayuntamiento de Madrid

**D**urante unos años, estuvo muy de moda ir al Café de Correos, casi esquina con Arenal, a echar una partida. Pero no era éste el Café más popular de la Puerta del Sol. En los bajos del famoso Hotel de París, se encontraba el Café de la Montaña, donde se reunían numerosos intelectuales en tertulias.

Pasaba por allí el escritor Alejandro Sawa, que vivió en París y trajo a Madrid ideas, corbatas y sombreros de la capital francesa y que terminó enloqueciendo y murió en 1909.

También un importante catedrático de Historia de la Universidad, Segundo Brieva y Salvatierra, tenía allí su tertulia. Era un señor bajito y delgado, llevaba bigote, perilla y unos quevedos de pinza con dos gruesos cristales. Le recuerdo porque escribió la biografía de don Pedro Calderón de la Barca en griego y en latín.

Pero lo más notorio que ocurrió en el Café de la Montaña, fue la discusión entre Manuel Bueno y don Ramón María del Valle-Inclán, que terminó con el brazo del segundo, pues don Manuel le dio un bastonazo con tal mala suerte que incrustó el gemelo en el brazo de don Ramón, la herida se gangrenó y tuvieron que amputárselo. Y es que las discusiones de café no siempre eran amistosas.



Ayuntamiento de Madrid



Desde que comenzó a construirse, la Gran Vía ya era una de las calles más transitadas de Madrid, pero nunca pareció que lo era tanto, como aquel día del 28 en que se escapó un toro y fue a parar a este cruce de caminos. Yo venía de comprar unos libros en la Casa del Libro cuando me encontré, de pronto, envuelto en un marasmo de gente que corría de un lado a otro. ¡Un toro! ¡Un toro en la Gran Vía! No me lo podía creer, pero allí estaba. En medio de la calzada miraba, no sé si desafiante o atemorizado, ante este singular “prado”, a las gentes curiosas. La calle se convirtió por un momento en una plaza improvisada con los balconillos como burladeros y, entre la gente, un atrevido que sorteaba con el gabán las embestidas del toro desmandado. Este hombre no era otro que el matador Diego Mezquiarán, conocido por *Fortuna*, quien, casualmente se encontraba en la Gran Vía cuando esto ocurrió. Primero entretuvo al toro con lo que pudo y, más tarde, ya con los trastos de matar, muleta y estoque, que le trajeron desde el hotel cercano donde se hospedaba, dio muerte al toro. Muchos curiosos se acercaron a ver al animal que estuvo entorpeciendo el tránsito todavía durante un buen rato hasta que lo retiraron. La calle volvió a tomar, en seguida, el aspecto de siempre, al contrario que las conversaciones de café que comentaron la hazaña aún durante muchos meses.





#### AVENIDA DE PI Y MARGALL (Madrid)

Este segundo trozo de la Gran Vía, que lleva el nombre de uno de los más insignes españoles del siglo xix, está formado por el derribo de la calle de Jacometrezo y sus alrededores. Era un pedazo pintoresco del viejo Madrid, y conservaba el nombre del famoso escultor del siglo xvi Jacome de Trezzo, autor entre sus muchas obras del tabernáculo del Monasterio del Escorial, y que en esta calle vivió en una casa trazada por el gran arquitecto Juan de Herrera.

Esta avenida es la parte más ancha y la más concurrida y animada de la Gran Vía. Comercios opulentos aumentan su luminosidad y atractivos.

El edificio de la Telefónica, cuya enorme altura hace pareja con el palacio de la Prensa, los teatros de Fontalba, Avenida y Palacio de la Música, de elegantes aspectos exteriores y espléndidos en su interior, atraen la curiosidad de todos.

Asimismo los cafés, hoteles y los palacios del comercio que en ella hay instalados para oficinas y despachos, con su profusión de anuncios luminosos, dan alegría y modernidad a esta avenida, en la que no se estorban el cosmopolitismo y las características cualidades madrileñas.

La plaza de la Cebada era siempre un lugar animado en las tardes de sol. Las vendedoras se acercaban a los carros de melones y legumbres y las viejas sentadas en las porterías, no se perdían un detalle de lo que pasaba en el mercado. Un viejo ciego cantaba romances sangrientos acompañándose de una guitarra, rodeado de un numeroso grupo de curiosos que hacía corro a su alrededor.

A mí me gustaba ver al hombre que se ponía detrás de una mesa de tijera mostrando una jaula grande, con banderitas con los colores nacionales y una hucha de madera llena de papeles doblados. Todas las tardes montaba el chiringuito animando a la gente a acercarse: "¡La suerte del pájaro sabio!", gritaba. Cuando algún curioso se dejaba caer frente a su mesa, abría la jaula dejando salir a un gorrión con las alas cortadas y, sin dejar de hablar, lo empujaba con una varita señalando la caja. El pájaro, muy bien enseñado, sacaba con el pico un papel y, después de dar un par de vueltas, lo dejaba sobre la mesa. El dueño leía la suerte del interesado: "una mujer suspira de amor por ti", "te harás rico" o cualquier otra frase siempre favorable. El afortunado, satisfecho, lanzaba una moneda sobre la mesa y seguía su camino.

No te muerres mucho ni por-  
darse y solo te lo considero si  
bienes ha estar unos días con  
nosotros y así me lo siempre  
mañana te lo digo.  
En abrenzo de mamá y Elena  
y estrecheta sobrina Emilio



Nº 4. MADRID. PLAZA DE LA ESTRELLA

Cuando el tiempo acompañaba, todas las tardes era lo mismo. Sacaban la mesa al solecito, y en la puerta de la tasca se sentaban los tres a  *echar la partida*.  
—“Prepararse que hoy es mi día”

—“Estás *arreglao*, *na más* decirlo, siempre pierdes”

—“Pues *mía* que hoy no, una perra que aquí van veinte en oros”

—“Pues sí viene fino el mozo”

—“Qué hay Marcial? ¿Qué tal la ronda? Vosotros sí vivís bien, desfiles y procesiones y, a diario, un paseíto delante de Palacio y a descansar, decía uno dirigiéndose al guardia.

—“Para el carro *chalo*, que yo soy un agente del orden y tengo un trabajo *arriesgado*”

—“Venga ya el *arriesgao*, ese sí que tié que pelearse con *tos* los que intentan colarse en el tranvía”

—“Que son muchos, por cierto”, contestaba con orgullo el cobrador del tranvía

—“Ya será menos”, respondía el guardia

Entonces salía la tabernera:

—“Bueno, ¿Se va a consumir o no?, Porque ¡Vaya día!”

—“Tranquila mujer, que ya sabes que nosotros siempre hacemos gasto. Venga una ronda. Por cierto, ¿Os habéis fijado en la capa que *s’a echao* “el Pelao”? Si *paece* mismamente un señor”

COLECCIÓN "BAENA" SERIE C-1.\*



N.º 4 - MADRID - "El gran Casino"

For. LAURENT - MADRID

No te dices de que existo  
en el mundo. ¿Ene tal  
lo pasaste el día de la  
soda? Amilco  
4.2.03,



No faltaban ni en invierno ni en verano. Los “*privilegiados*”, bajo un techo agujereado que dejaba pasar el agua en cuanto caían cuatro gotas. Los otros, con un puñado de trastos viejos esparcidos en el suelo, a sus pies, tapados con un abrigo apolillado y encogidos sobre un cajón.

Se acercaban muchos curiosos, posibles compradores, y revolvían, buscando entre la chatarra, algún artilugio que pudiera valerles.

A la cómoda le faltaban los tiradores y, a veces, incluso un cajón; la escalera tenía un peldaño roto y las puertas perdieron su cerradura, pero siempre había alguien que les sacaría una utilidad, un manitas que con unos clavos, unas maderas y un poco de pintura, las dejaría *como nuevas*.

Por muy poco, se podían conseguir palanganas desconchadas, herraduras oxidadas, colchones a los que se le salía la lana o mesas con tres patas. Auténticas gangas; lo malo era que la ilusión por lo barato que les había salido les duraba sólo hasta llegar a casa, donde la reprimenda de su parienta le hacía ver aquel “tesoro” como un trasto inservible.

COLECCIÓN "BAENA" SERIE C-1.



N.º 5.-MADRID.-"Un rincón del Rastro".

FOT. LAURENT. MADRID

Exentame cosas  
Jus te divides de  
tu amigo espíritu,  
S. Delno 1907

Quizás ellas a la salida del taller o de la oficina se habían acercado hasta la Plaza de Isabel II para ver cuál era el nuevo programa. Los quintos, libres de guardia, paseaban también a la expectativa, aunque más interesados en las mozas de la calle que en las de la pantalla. La estrategia era fácil, mantener las distancias pero dejándose notar con comentarios elevando la voz. Si estaban interesadas era seguro que ellas reducirían el paso y con algún requiebro comenzaría la conversación. Tal vez programaban ya la cita para el siguiente domingo en el Real Cinema donde les esperaba una historia de amor.

Ya habían pasado las tandas de películas de *Charlot*, las del cine de episodios y los pianistas que acompañaban las pericias del héroe. El domingo irían al Real Cinema, decidido. Acababa de ser abierto y decían que un pasadizo lo comunicaba con Palacio y que la familia real asistía con asiduidad al espectáculo.



Ayuntamiento de Madrid

**R**ecuerdo una anécdota de hace años relacionada con este viejo Monte de Piedad.

Una tarde se presentó en las oficinas el secretario del ex-sultán de Marruecos, Muley Hafid —quien se refugió en Madrid tras ser derrotado en la Guerra Santa—, preguntando en la ventanilla si se ponía alguna limitación en los préstamos. La pregunta era extraña y, para aclararla, sacó el visitante un brillante de 100 quilates. ¡Imagino cómo debieron quedarse los empleados del Monte! Se le permitió empeñarlo y debió cobrar entre 40.000 y 50.000 pesetas. ¡Y eso que fue valorado por lo bajo!

Pero esos no eran los *empeños* normales. La gente acudía al Monte a pignorar objetos que, pese a ser lo mejor que tenían —como un mantón de Manila— o un reloj no se acercaban mucho al de Muley Hafid. Ya se sabe:

“Por la mañana, lo empeño, y por la noche... ¡lo desemeño!”, que decía la chula.





98. MADRID.-Monte de Piedad

Ayuntamiento de Madrid

**L**os muchachos de las casas vecinas jugaban en la orilla del Manzanares, ante la desesperación de sus madres y abuelas.

—“Vamos a jugar a *justicias y ladrones*”, proponía el más decidido.

—“No, mejor al te veo”, le replicaba otro y salía corriendo metiendo los pies descalzos en el río.

Pero no eran los únicos juegos, los había más violentos y que gustaban más a los chavales —y menos a sus madres—, como el *navero*. Consistía en hacer *zurriagos* con los pañuelos o las correas de los pantalones y, con ellos, dar en la espalda del que se quedaba. Otro hacía de *madre* y daba vueltas tratando de tocar a los *pegadores* sin soltar el extremo de una cuerda a la que estaba atado el pobre azotado.

Los más mayores se divertían jugando al *toro* con una banasta en la que sujetaban dos auténticos pitones. Estas *corridas* se organizaban en todas partes y de ellas surgieron muchas aficiones y alguna figura del toreo.

Luego se puso de moda el fútbol, porque se podía jugar casi en cualquier sitio, con una pelota hecha de trapos o uno de esas balones de goma que vendían muy baratas en el Bazar X y que a las dos patadas se desinflaban y no servían para nada.

MADRID. — Riberas del Manzanares.



Siempre había niños en la plaza, delante del Senado, jugando. Era un sitio tranquilo y no pasaban carros ni tranvías peligrosos. Yo siempre que pasaba por allí y los veía, pensaba que si los ilustres hombres que discutían en el interior del palacio oyeran las canciones de los chavalines, las sesiones resultarían mucho más entretenidas y todos se entenderían mejor.

Las niñas aprovechaban que no salía ni entraba nadie al edificio para ponerse delante de la puerta con una cuerda y saltar, se veían corros y llegaba el sonido de sus canciones:

“Soy el farolero de la Puerta del Sol,  
cojo mi escalera y enciendo el farol...”

Los juegos de los niños eran siempre más movidos y las niñeras tenían que correr continuamente detrás de las bicicletas para que no se salieran de la plaza.

Y mientras, al lado del muro, aquellos hombres serios que ya habían dejado de ser niños muchos años antes, decidían el destino de todos nosotros.



Ayuntamiento de Madrid



Cuando veían a lo lejos el pedestal con el Rey a caballo, los niños corrían, soltando la mano de sus niñeras, a ver quien era el primero en llegar y meter la mano en la boca del león. Algunos con miedo, pero al final lo hacían porque no querían quedar como cobardes.

Era muy atractiva esa Plaza de Oriente para los niños, siempre encontraban juegos nuevos con las esculturas que rodeaban a Felipe IV. Bebían en la fuente, empujándose para ver quien caía primero, desoyendo los gritos de sus niñeras, que se desesperaban cansadas de volver cada día con el niño empapado.

Luego, rodeaban la fuente buscando ranas. Como niños de ciudad que eran, no estaban acostumbrados a cogerlas y se conformaban con verlas pegadas al borde del gran pilón hasta que alguna, quizás con ganas de aventura, se dejaba cazar y entonces los niños coreaban el triunfo y la volvían a echar al pilón porque ya se acercaban las niñeras dispuestas a acabar con aquellos juegos.



ESTATUA DE FELIPE IV (Madrid)

El monumento más bello de Madrid, y uno de los más hermosos de cuantos son ornatos de públicos jardines y de plazas en el mundo es éste de la estatua de Felipe IV, que se alza en el jardín central de la plaza de Oriente, de Madrid.

Difícil es hallar otro de tan encumbrada ejecutoria artística. El diseño fué trazado por Velázquez, el boceto escultórico lo hizo Martínez Montañés, y la estatua, en fin, hubo de ser cincelada conforme a esos modelos por el artista florentino Pedro Tacca. Múltiples vicisitudes ha sufrido este monumento. Estuvo coronando la fachada meridional del Alcázar, y permaneció mucho tiempo en el patio del Palacio del Buen Retiro, llamado del caballo por la presencia de esa estatua ecuestre.

Al formarse en tiempo de la tutoría de Argüelles y la intendencia de don Martín de los Heros, los jardines de la plaza de Oriente, fué trasladada aquí el año 1844, haciéndosela un nuevo pedestal con relieves de D. Francisco Elías y de D. José Tomás, que representan a Felipe IV condecorando a Velázquez con la cruz de Santiago, y una alegoría de la protección que el Rey poeta consagró a las letras y a las artes.

En 1928 fué suprimida la verja que la rodeaba, quedando libre el acceso hasta la fontana en que se levanta este monumento.

*S*e estaba bien en el Prado por las mañanas. Con el solecito de invierno, me bajaba con un buen libro y se me iban las horas en uno de los bancos. De fondo, llegaba el ruido del trote de los caballos sobre los adoquines, el de los aros de metal con los que jugaban los niños y las voces de las niñas:

*"Pasemisí, pasemisá, por la Puerta de Alcalá..."*

De repente, muy a lo lejos, se oían unas campanillas y todos los niños dejaban sus juegos y corrían gritando: "Yo, yo primero". Llegaba el *carrito de las campanillas*. Un hombre conducía al borriquito que tiraba del carro, apartando a los niños, y se paraba en la plaza.

—"En orden, poneos en fila, que si no, no nos entendemos"

Se acercaban las nodrizas con los quince céntimos que costaban las dos vueltas completas al jardincillo y los niños iban subiendo por orden al carrito disfrutando del corto paseo.

Los que esperaban su turno, se movían inquietos y ni siquiera oían a la mujer que se acercaba diciendo: "¡Bizcochos de canela, tiernecitos!". Sólo miraban el cochecito que ya volvía, cada vez quedaba menos para que les tocara y, además, si tenían suerte y el dueño del burro les dejaba, podrían montar en el lomo del animal, atados con correas para no caerse, por sólo unos céntimos más.



16. Madrid.  
*Salón del Prado y Casa  
de Correos.*

**E**l Paseo de Nuestra Señora del Puerto con su ermita me recuerda los veranos de Madrid, los tórridos veranos. Huyendo del calor nos íbamos las tardes de fiesta a pasarlas junto a la Virgen del Puerto. En esta orilla del Manzanares la abundante arboleda nos daba un respiro y muchas alegrías. Allí parecían tener cita, no sólo los madrileños, sino, sobre todo, los asturianos que vivían en Madrid, las mozas que servían en las casas y los mozos, reclutas o mancebos de tiendas de comestibles; tal vez, porque el fresco de los árboles frondosos que se extendían por esta zona, les recordaba su pequeña patria. El caso es que allí se reunían bailando, comiendo y bebiendo en honor a su región hasta la noche. Durante la tarde se formaban dos bandos que competían en juegos y bailes, unos tomaban el nombre de "Pravía" y otros de "Piloña" y al final del día no era raro que acabara a palos lo que comenzara en fiesta. De tal modo que al hablar de la Virgen del Puerto muchos cantaran:

"Ya bailan a la orilla  
del Manzanares  
Muchachas y muchachos  
todas las tardes;  
ya se alborotan,  
en la Virgen del Puerto  
'Pravía' y 'Piloña'"



MADRID - RIO MANZANARES Y VIRGEN DEL PUERTO



Ayuntamiento de Madrid

**Y**o no tuve la suerte de conocer la época dorada del café Suizo, pero fue tan famoso en su momento, que cualquiera de mi época podría hablar de él como si hubiera vivido sus grandes tardes.

Estaba en la calle Sevilla, frente a la Equitativa, ocupando toda la esquina con un gran ventanal. Dentro, todo era lujo: mesas entabletadas de mármol, grandes espejos decorando las paredes y arañas de luces. Además, fue el primer salón público amueblado con divanes de peluche escarlata, lo que imitaron prácticamente la totalidad de los cafés de épocas posteriores.

Pero la historia del Suizo estaba en sus clientes. Diputados, periodistas, conspiradores, aristócratas o curiosos poblaban este café-mentidero, sucesor de las famosas gradas de San Felipe el Real. Allí, sobre los mármoles de las mesas quedaron escritas rimas de Gustavo Adolfo y todavía hay algunos que recuerdan las discusiones de Echegaray, el mal genio de Pedro Antonio de Alarcón y las conspiraciones de Aviraneta.

Luego, el Fornos se fue llevando la clientela y, ya en mi época, cobró importancia un saloncito aparte donde las damas acudían solas a merendar chocolate con bizcochos y donde estaba mal visto que los hombres entraran si no era en compañía de una señorita.



Ayuntamiento de Madrid

La esquina de Sevilla y Alcalá estaba siempre tan concurrida que se podía encontrar allí de todo. Había gente trabajando, gente buscando trabajo, gente de paso, y algunos que dedicaban todo su tiempo a ver pasar mujeres. Bastaba que se toparan con una de grandes curvas para que pararan la circulación y, a grandes voces, gritaran toda clase de piropos y requiebros: “¡Qué hermosa!, ¡Buena hembra!, ¡Señores, que percherona!”

Eran tan apreciadas las buenas mozas que se abrió una cervecería en los bajos de La Equitativa, en la que sólo servían camareras elegidas tras una escrupulosa selección. El local se llamaba “La Nueva España” y los clientes pasábamos allí horas atontados mirando los peinados altos, los delantales avolantados de frunces y las mangas ligeramente afaroladas de las muchachas. Todos se acercaban por allí. Los que no podían pagarse una cerveza, bebían gaseosa y un vaso podía durarles toda una tarde. Así, “La Nueva España” se fue llenando, mientras se vaciaba la sucursal de la “Horchatería de Candela”, la de la Puerta del Sol, que estaba justo al lado.



Ayuntamiento de Madrid



**E**n las aceras de la calle Sevilla se formaban corritos desde por la mañana. Unos vendían, otros pedían y, algunos, simplemente saludaban a ese *conocido del café del que sólo si lo tomaba con leche y con azúcar y, por supuesto, su opinión sobre casi todo.*

Unos minutos de charla y desaparecían tras las puertas de un café, pero venían otros que ocupaban la acera. Como era casi imposible llegar hasta la calle Alcalá, muchos recorrían el camino protestando: “¡Es imposible! ¡Qué poco respeto!, pero volvían a Sevilla, a comer unas judías estofadas al *restaurante de la Concha*, las famosas *judías del Tío Lucas*, con trocitos de tocino, a tomar café a “El Suizo” o a “El Diván”, o solamente a conversar con un conocido en la acera.

Se movían por allí los toreros, con sus chaquetillas cortas llenas de conteras y guardapuntos colgantes, que tenían su tertulia en “El Inglés”; cómocios en busca de algún empresario que pudiera *darles un trabajito, aunque fuera corto*; presuntos hombres de letras que acudían a los Cafés sólo para ser escuchados y otros que íbamos, sobre todo, para ver a todos los demás.




Ayuntamiento de Madrid

**E**l Domingo de Ramos, comprábamos, frente a las puertas de la Iglesia de San José, palmas, ramas de olivo y estampas de la Pasión. Luego, entrábamos en la iglesia intentando no tirar el sombrero de las damas de un *palmazo*, antes de volver a la calle con nuestras ramas bendecidas. Aún hacía frío y se vestía de invierno, aunque nadie dejaba de estrenar alguna prenda nueva. Ya había terminado la misa y se disfrutaba del paseo dominical en el Prado o en Recoletos.

Aún se ven en la fotografía los Jardines enverjados junto a la fuente de la Cibeles, los Jardines del Buen Retiro que, poco después, vimos derribados para construir el Palacio de Comunicaciones, para sustituir el viejo caserón de la calle Carretas. Aquel antiguo parque de atracciones nos llamaba a disfrutar a todas las horas del día por una peseta que costaba su entrada. Se ve aún en la postal la primera montaña rusa que hacía bajar, a quien quisiera arriesgarse, en espiral y a una velocidad vertiginosa. Se oían óperas y en sus entreactos aprovechábamos los más jóvenes a galantear a las muchachas que paseaban por los jardines y se acercaban al quiosco de música. Les regalábamos cualquier cosilla que les sirviera de recuerdo, pitos, "matasuegras", botijos diminutos, cualquier detalle valía. A los mayores les bastaba con pasear y conversar uniéndose a los muchos círculos que se formaban, mientras algunos esperaban la hora de que comenzara la "cuarta de Apolo"



Ayuntamiento de Madrid

íamos el campaneó constante de las iglesias tocando a Gloria y se nos alegraba la cara. Después de los ejercicios espirituales, las procesiones y los oficios religiosos sabíamos que ese repiquetear ponía fin a la Cuaresma y daba paso al regocijo. Se estrenaban obras de teatro y conciertos y, como todos los años, se inauguraba la temporada en el Circo Price. Hacíamos cola ante sus puertas ansiosos de ver de nuevo las fantásticas atracciones. Anunciaban un día a los Beni-Zong Zong, acróbatas árabes del desierto del Sahara, otro a la prestidigitadora Madame Benita Agui-*nel magia, prestidigitaciones y cuadros disolventes*, otro al insólito Aubión Brunet que se cortará la cabeza y, tomándola en sus manos, la enseñará al público, y siempre a los clowns y trapeartistas. Pero no era conveniente dejarse fascinar por los ejercicios de altura porque, entre pirueta y pirueta, algún que otro visitante podía tomar prestado algunos reales de nuestros bolsillos.





Ayuntamiento de Madrid

## JUSTIFICACIÓN DE LA OBRA

*Postales Antiguas de Madrid* se ha realizado según proyecto e idea de Ediciones La Librería tomando como elementos esenciales por un lado las propias postales, selección del fondo que posee el Museo Municipal y por otro los textos que acompañan a cada postal. Reyes García y Ana María Écija, autoras de *Leyendas de Madrid*, han pretendido con este texto, más que el frío comentario histórico, una sugerencia, una evocación, un guiño y una invitación para que el lector y espectador de la obra se sumerja en las imágenes y este "texto-lazarillo" le haga vivir realmente aquel Madrid de antaño.

El Tomo IV, apéndice de la obra, ha sido elaborado por el propio Museo Municipal realizando un gran esfuerzo de trabajo e ilusión para completar la información que *Postales Antiguas de Madrid* ofrece al público.

Ediciones La Librería agradece sinceramente su participación y su trabajo a todas las personas que han colaborado en este proyecto sin las cuales éste no se hubiera convertido en el libro que tiene en sus manos.

SEPTIEMBRE DE 1999

1ª Edición 1994

2ª Edición 1999

© 1999, Museo Municipal de Madrid

© 1999, Ediciones La Librería

C/ Mayor, 80

28013 - Madrid

Teléf.: 91 541 71 70

Fax: 91 559 42 49

E-mail: lalibre@iponet.es

#### MUSEO MUNICIPAL

DIRECCIÓN: Carmen Priego Fernández del Campo

CATÁLOGO: Eduardo Alaminos López  
*Jefe de la División de Colecciones*

Purificación Nájera Colino

Salvador Quero Castro

Petra Vega Herranz

#### EDICIÓN:

DIRECCIÓN EDITORIAL: Miguel Tébar Pérez

PRODUCCIÓN: Purificación Portero y Graciela Riobó

#### REPRODUCCIÓN FOTOGRÁFICA

DE ORIGINALES: Fernando Gutiérrez

TEXTOS: Reyes García y Ana María Écija

MAQUETACIÓN Y DISEÑO: Equipo de Diseño de Ediciones La Librería

FOTOMECÁNICA: Logical Page

IMPRESIÓN: Gaez

ENCUADERNACIÓN: Guijarro

I.S.B.N. Obra Completa: 84-87290-72-8

I.S.B.N. Tomo I: 84-87290-74-4

Depósito Legal: M.36440-1999

Está prohibida la reproducción o almacenamiento total o parcial del libro por cualquier medio: fotográfico, mecánico, reprográfico, óptico, magnético o electrónico sin la autorización expresa y por escrito del propietario del copyright. Ley de la Propiedad Intelectual (22/1987).

Ayuntamiento de Madrid









EDICIONES LA LIBRERÍA

Ayuntamiento de Madrid